

NOTAS

M. ANTONII CARI CARMINUM LIBRI TRES

*En aegedum! nostros cantus diffunde per orbem;
Incipel in extremum duc aevum, Gloria, nomen!*
(M. A. CARUS, *Ad Gloriam*).

Entre las publicaciones que honran no solamente al Instituto Caro y Cuervo, sino a Colombia y a la América toda, debe señalarse especialmente el tomo VI de la colección hecha por aquél, que contiene las poesías latinas de Miguel Antonio Caro en excelente edición dirigida por el ilustre humanista José Manuel Rivas Sacconi, a cuya competencia intelectual deben los amantes de las letras humanas el placer de saborear uno de los frutos más exquisitos de la literatura latina en el continente americano.

En ponderado estudio preliminar, escrito en prosa castellana, aquí la Rivas Sacconi el mérito de esas poesías y da cuenta de las dificultades que hubo de superar para salir airoso en su empeño, después del poco afortunado de aquella *Editio princeps*, que, con el título de *Michaelis A. Cari Carmina et interpretationes e poetis nostratibus*, dio a la estampa en Bogotá el Presbítero Juan Crisóstomo García, benemérito de las letras patrias, la cual, recogida por la familia de su autor en atención a los numerosísimos errores tipográficos que así el hijo de éste, don Víctor E. Caro, como yo, denunciarnos por la prensa periódica para que se enmendasen, es hoy casi una curiosidad bibliográfica.

Corregidos esos errores sacó a luz Rivas Sacconi la edición hecha en Bogotá el año de 1951, en los talleres de la Librería Voluntad, S. A., a la cual vamos a referirnos, no sin aludir antes, aunque brevemente, a algún pasaje de la *Prolusio* escrita por el ilustrísimo humanista Padre Daniel Restrepo S. I., en el cual se lee lo siguiente:

Quae loquens de versione illa, quam poëmatis Ruderici Caro *A las ruinas de Itálica* exaravit Michaël Antonius Caro, scripsi aliquando, nunc repetere audeo: extitit (*sic*) Michaël Antonius inter vates americanos qui latina carmina confecerint, princeps, ut videtur.

Que fuese nuestro Caro el más grande de los intérpretes de Virgilio en América y aun en España al seguirle y traducirle y parafrasearle en lengua vernácula, más alto que Bello en el vuelo del pensamiento filosófico y en punto de humanidades, digno par de él en cuestiones gra-

maticales y lingüísticas, lo he de confesar y aun defender sin ambages; pero que se le haga aparecer, con evidente hipérbole que satisface al amor patrio, mas no a la verdad austera, como al príncipe entre los vates americanos que escribieron versos latinos, es algo que no puede admitir quien haya leído, entre otros autores, las poesías latinas de los jesuitas Rafael Landívar, Francisco Javier Alegre y Diego José Abad, guatemalteco el primero y mejicanos los últimos, lumbres de las musas latinas en el siglo XVIII y poetas cuyas estrofas serán difícilmente dejadas atrás.

Con efecto, tengo ante mis ojos el libro titulado *RAPHAELIS LANDIVAR Rusticatio Mexicana. Editio altera auctior, et emendatior. Bononiae MDCCLXXXII. Ex Typographia S. Thomae Aquinatis. Superiorum permisso*. Escrito ese poema admirable, que describe la naturaleza y el paisaje de la tierra mejicana, en 5313 versos, tiene toda la ideal belleza de los mejores cantos de los artífices latinos del Renacimiento.

Estoy volviendo en estos momentos, también, las páginas de la famosa traducción de la *Iliada* a versos latinos que dice así: FRANCISCI XAVERII ALEGRE, *Mexicani Veracrucensis, Homeri Ilias, Latino carmine expressa. Editio Romana venustior, et emendatior. MDCCLXXXVIII. Apud Salvionem, typographum Vaticanum. Superioribus annuentibus*. Difícilmente podrá ser superada, casi ni igualada, pues no lo fue tal vez por Cuniquio ni en estos tiempos por el jesuita ecuatoriano Padre Misael Vásquez, esa obra prócer de las letras latinas, en que declaró Alegre, para justificar el heroico esfuerzo de su virgiliana composición en los 14.526 versos hexámetros que contiene esa traducción de Homero, lo siguiente:

Poetarum igitur Principis mentem, non verba, latinis verbis exprimere conati, Virgilium Maronem, Homeri, inquam, optimum, et pulcherrimum ducem sequimur, in quo plura ex Homero fere ad verbum expressa, plurima levi quadam immutatione detorta, innumera, immo totus quantus Maro est, ad Homeri imitationem compositus. Ubi ergo Virgilius, pene ad literam Homerum expressit, nos eadem Virgillii carmina omnino, aut fere nihil immutata lectori dabimus, nec enim aut ab ullo mortalium elegantius efferi potuisse quisquam crediderit, aut vitio, plagiove nobis verti poterit, si ubicumque inventam Homericam supellectilem, ipso jure clamante, vero domino restituamus. Ubi autem Virgilius, Virgilius, inquam, ipse, nonnullas Graeci vatis loquutiones, et loca latine

Desperans tractata nitescere posse, reliquit,

nos item relinquemus. Habet enim unaquaeque lingua lepores quosdam suos, ac dignitatem, decoremque verborum, quae si in aliam transferre coneris, non nisi turpe quicquam, aut insulsum dixeris.

Y en cuanto al último de los tres jesuitas desterrados por Carlos III, también he venido entendiéndome con su heroico poema titulado DIDACI JOSEPHI ABADII, *Mexicani, inter academicos roboretanos Agiologi. De Deo, Deoque Homine Heroica. Editio tertia postuma. Ex auctoris*

MSS. auctior, et correctior. Caesenaë, MDCCLXXX. Apud Gregorium Blasinium sub signo Palladis. Superiorum permisso. Escrito ese poema en dos partes, declara su prologuista, en exposición hecha a la juventud mejicana, que "in eo siquidem et exquisitae latinitatis saporem, et Poëseos sublimitatem, eruditionis delicias, et, quod caput est, sanctissimae nostrae Religionis arcana, quantum homini mortali fas est, pro dignitate expressa, magno quidem vestro emolumento reperietis".

Para que el lector entendido en estos achaques pueda ponderar los alientos y alcance de obra tan valiosa, bastará decir que Abad pretendió, según sus propias palabras, "Dogmata praecipua omnia, adeoque Theologiam fere omnem, sinceram illam quidem, ac genuinam carmine includere, pro virium mearum tenuitate, perfecisse jam videar".

Esto dicho comprenderá el lector ilustrado por qué no puede admitir nuestra probidad intelectual la aserción exagerada del Padre Daniel Restrepo de que antes hablamos, y por qué hemos de decir, de Caro, solamente que fue grande entre los grandes humanistas de América y que pudo sentarse con ellos a la mesa del banquete de los dioses con singular aplauso de las dulces Camenas.

A demostrar esto último vamos en este ensayo crítico de sus poesías latinas, aquilatando las mejores en nuestro concepto, hasta las últimas que escribió, como las tituladas *Fuga tyranni* y *Quis tantis viribus valens?*, que compuso en junio de 1909, poco menos de dos meses antes del 5 de agosto de ese año en que pasó a mejor vida.

Habiendo sido Caro discípulo de su abuelo materno el doctor Miguel Tobar, jurisconsulto y humanista que se confesaba en latín y le había dado las primeras lecciones de esta lengua antes del año de 1861 en que murió, en 1859 ingresó el joven al colegio de San Bartolomé, que regentaban los jesuitas, y allí fueron sus preceptores de latín los Padres Vicente M. Fernández y Sarmiento, colombianos, y el ecuatoriano Manuel Proaño. Tenía apenas dieciséis años y a tan temprana edad ya había obtenido el primer premio en las asignaturas de gramática castellana, gramática latina, versificación castellana y versificación latina. Así se iba formando en el culto de las *litterae humaniores* ese mozo de recia contextura física e intelectual que había de asombrar al mundo literario, a los veinticinco años de edad solamente, con la traducción de toda la *Encida* de Virgilio en clásicas octavas reales castellanas.

Fue así como quedó Caro preparado para escribir en su latín de excelente prosodia, como al fin aparece en este libro que ahora vamos a comentar, el cual empieza con una admirable *Elegia* que es una feliz imitación de Ovidio, no ya en la forma de composición en dísticos, sino en el mismo tono general con que el vate de Sulmona, a pesar de todas sus tristezas en el Ponto, de que ya no le tentaba, según decía, el amor de la gloria y de que creía hasta haber olvidado la lengua latina, pues había aprendido a hablar el gético y el sármata, decía:

*Nec tamen, ut verum fatear tibi, nostra teneri
A componendo carmine musa potest.
Scribimus, et scriptos absumimus igne libellos.
Exitus est studii parva favilla mei.*

(Ov., *Trist.*, Lib. V, *Eleg.* XIII).

Recordando Caro la célebre elegía de Ovidio, fingió también entregarse, como su autor, a tristes pensamientos. Así que, viendo cómo se evapora y desvanece la gloria del mundo, creyó que de nada servirían aquellos versos que compuso en su juventud.

*Quid tamen, a! misero, iam mortua carmina prosunt...
Quae iuvenis cecini, quid repetita iuvant?*

Por eso, siguiéndole siempre los pasos a Ovidio que había dicho:

Misit in arsuos carmina nostra focos,

determinó hacer una pira y arrojar esos versos a las llamas.

*Haec volvens animo, flammis damnare papyros
Decrevi, arsurum constituique focum.
Absumi videas chartas crepitante camino;
Pagina per vacuum, facta favilla, volat.*

Mas de pronto se presentan a hacerle reflexiones aquellos hijos de su espíritu diciéndole cómo nacieron con él, cómo le acompañaron en las penas y en las alegrías, cómo tienen derecho a vivir y a que no se les condene a la muerte. Le representan que al menos debió consultar lo que había de hacer antes de arrojarlos a las llamas, pues saliendo de la oscuridad quizá habrían podido agradar e ir a posarse en las manos de hombres ilustres, y hasta haciéndole recordar de nuevo a Ovidio, que decía:

*Denique non parvas animo dat gloria vires;
Et foecunda facit pectora laudis amor,*

le tientan con el halago de la gloria.

*Et nos laudatos vidisses ire per orbem,
Laudandum audisses te simul esse patrem.
Ex multis igitur consumptis igne supersunt
Siqui consimiles, filiolique tibi,
Ne, pater, a! iterum sis nominis inmemor huius;
Hoc, pater, hoc unum, parce, precamur, eis!*

Así le decían sus hijos, que eran sus mismos versos, cuando ya no quedaban sino unos pocos que no habían sido alcanzados aún por el

fuego, por lo cual, movido de compasión, resolvió salvar los que permanecían de aquella conflagración y así determinó que viviesen con él.

*Vera cano: haec illi monere, haec auribus hausi,
Haec lacrimis, fida mente recepta, fero.
Commotus pietate lego quaecumque manebant.
O dulces mecum vivite reliquiae!*

Quiso que vivieran con él aquellas reliquias de los escarceos literarios de su juventud, los acreció con otros de su edad madura y aun de su vejez y resolvió publicarlos algún día, aun cuando juzgase que algunos de ellos, debido a la acción del tiempo transcurrido, ya no parecían casi una obra suya.

*Versiculos, inquam, sic, nostra aetate remotos
Ut bene iam nostrum non videantur opus.*

Mas tratándolos con el amor con que un padre contempla a sus hijos, los volvía y repasaba anotándolos al abrigo de su pobre techo, en aquella hora de reposo y meditación en que empiezan a dormirse todos los seres, cuando caen de los altos montes las sombras mayores, se querellan las aves bajo las frondas y suena en el campanario de la aldea el toque de oración. Dulce paz y sosiego de la hora de las tinieblas, que evoca el poeta con infinita melancolía que le hace derramar lágrimas procedentes, no ya solamente de los ojos, sino del corazón adolorido. Son esos versos de la *Praefatio* escrita en Serrezuela el año de 1894, una feliz adecuación de la tristeza y apagamiento de la tarde a las íntimas emociones del poeta que ha cantado aquella hora del silencio vespertino con un arte exquisito.

*Interea insidunt taciturna silentia passim;
Tantum sub foliis dulce queruntur aves.
Tinnitus turri de sacra concutit aures,
Assurgo, et tacitus rustica fana peto.
At prius ex oculis potiusve ex corde dolenti
Gutta fluit, scriptis fitque litura meis.*

No son rudos los versos que coligió, ni están escritos sin arte, como dice, pues fueron elaborados con cuidado como para conciliarles la admiración de todos los lectores.

*Qui fugis incompτος factosque sine arte libellos,
Te lacrima haec tangat concilietque mihi.*

Las poesías latinas de Caro son de varia índole: unas dedicadas a la naturaleza, otras al amor, otras a los afectos familiares, otras religiosas, bastantes a temas filosóficos y meramente literarios, varias que son

políticas o simples cármenes punitivos de la musa vengativa del poeta, y unas pocas que pueden llamarse fábulas o enigmas propuestos por el genio picaresco de su autor.

Iremos tratando separadamente sobre cada género de ellas, cuando compendiosamente sea menester.

I. POESÍAS SOBRE LA NATURALEZA

En la primera poesía, *Ad Naturam*, en que el poeta llama a la naturaleza medicina de los males, alivio de las penas y madre común de todos los seres de la tierra, como si, considerándola cual diosa del amor, hubiese tenido presentes los versos de Lucrecio que dicen:

*... Per te quoniam genus omne animantum
Concipitur, visitque exortum lumina solis,*

siente que está envuelto plácidamente por ella, que por sus venas corre la misma sangre y que aquel calor penetra en la medula de sus huesos, hasta creerse lleno por modo maravilloso de toda su grandeza. Un mundo entero, rico de bienes, le da lo que pide, y él, mundo también que los recibe, escucha el concanto de voces confusas y armonías que emanan del vasto seno de la tierra, y poseído el pecho de una suave dulzura, responde llevando en sus labios sus cantares.

*Tu medicina malis, curis, Natura, levamen
Terrigenisque venis omnibus una parens.
... Me placida involvis: mihi, te deductus ab ipsa,
Sanguis per venas incipit ire novus.
Ipsa calore tuo molles penetrare medullas
Coeptas, et miris me recreare modis.
Mundus dives opum praebes mihi dona petenti,
Quae das accipio mundus et ipse capax.
Tum, quas confusas voces et verba volutas,
Quaeque tuo manant murmura vasta sinu,
Excipio et, mira dulcedine, pectore capto,
Responso, faciles ore ferente sonos.*

En los versos titulados *Ad se ipsum* hay unas estrofas que convidan con su música y frescura y son aquellas en que, disfrutando quizá el poeta de la paz campesina, le dice a su pensamiento: Mira el techo grato, la selva rumorosa y cómo vuelan las aves a las aguas puras. Nada agites, musa mía; descansa un poco bajo la sombra, y apacientate, con dulce amor, en las cosas mínimas.

*Aspice iucundum tectum silvamque sonantem,
Aspice ut ad puras devolet ales aquas.
Mens mea, nil agites; paullum requiesce sub umbra,
In minimis dulci rebus amore mane.*

Nada más delicado que los versos titulados *Flos*, en los cuales, tratando de animar a una humilde florecilla, le hace el poeta preguntas que naturalmente se quedan sin respuesta. Breve flor, dice, que no te coronas de espinas, sino de muchas hojas, y tiñes de rubor tus blandos pétalos, ¿te acosa algún temor o te deleitas con ameno sueño? ¿Preguntas quién ha de venir embriagado por tu suave perfume? ¿Qué sientes cuando te rozan los céfiros con leves alas, o cuando ves en el espacio vacío la nube errante? ¿O más bien inclinas la cabeza para que puedas contemplarte en las aguas cristalinas que corren a tus plantas? ¿Conoces la rosa, reina de tus hermanas las flores, que esplende émula de la llama? Mientras vuelan alegres, ¿qué te aconsejan las aves canoras? ¿Qué secreto amor te inquieta, florecilla? Mas cuán loco soy si, intentando inquirir de ti esas cosas, inclinas tu corola y no sabes responder.

*Qui te non spinis, sed multa fronde coronas,
Flos brevis et molles tincte rubore sinus,
Tene timor premit? an somno oblectaris amoeno?
Quis veniat blando captus amore, rogas?
Quid sentis, levibus Zephyri cum tangeris alis,
aut nubem errantem cum per inane vides?
An potius caput inclinas, te ut cernere possis
In vitreis, circa quae spatiantur, aquis?
Illa tibi nota est, florum regina sororum,
Quae splendet, flammis aemula facta, rosa?
Dum laetae revolunt, quid aves monuere canorae?
Quis te secretus, floscule, turbat amor?
A demens, ex te qui talia quaerere sentem!
Vix tollis vultus nec tibi lingua datur.*

Es esta una linda poesía que no ya compite con las más delicadas y encantadoras en lengua latina, sino en cualquiera otra, por el reglado acento y ternura de las palabras. Caro la vació en un soneto castellano el año de 1868 con la misma maestría que tienen los versos latinos; y así hemos de juzgar que pensaba él y componía tan admirablemente en latín como en castellano, si es que aquella es anterior al soneto.

No van a la zaga de esas estrofas las muy gentiles tituladas *Fons*, una de las poesías más bellas de todo el libro, escrita en heroicos virgilianos versos y en la cual la pura metrificación latina corre pareja con la suavidad de los pensamientos. Fuente de pequeño principio, dice, creada para cosas mayores, ignota naces entre ocultas rocas y de allí rodando precipitada por las peñas, conviertes con ronco estruendo tus linfas en blanca espuma. Acrecida de aguas te vuelves en tu curso profundo un gran río, prendada de la paz huyes sin envidia ni vanagloria, te ocultas bajo las frondas y llevas tus olas entre el silencio de la selva oscura. Te saludan solamente con su vario gorjeo las aves que vienen

de otras regiones a beber en tus colmadas riberas las frescas aguas y a ver las nunca mancilladas florestas.

*Principiis parvis fons ad maiora create,
Rupibus occultis ignotus nasceris; illinc
Praeceptis dejeris, saxis illisus, et albam
In spumam vertis rauco cum murmure lymphas.
Auctus aquis crescis, maiorque fluente profundum
Colligis in cursum, invidiam fastusque superbos
Pacis amore fugis, teque umbris abdis, et undas
Obscurae ducis per longa silentia silvae.
Te tantum volucres vario clamore salutant,
Quae diversae aliis veniunt regionibus ultro
Et gelida ut liceat plenis tua pocula ripis
Libare, et nunquam violatas visere frondes.*

Son también canciones sobre la naturaleza y que demuestran el dominio de Caro en el arte del verso latino, las tituladas *Ad ventulum*, *Ad "Cocuium"*, *Hedera*, *Ad sidus Veneris*, *Ad sidus idem*, *Ad rivum in deserta fugientem*, *Solitudo duplex*, mas no nos llevan el corazón como las que tienen por título *Patria vallis*, *Silvae*, *Aestivum crepusculum*, *Hospites duo* y *Siren*, en las que el sentimiento de la naturaleza está expresado con infinita dulzura.

En aquella, que podríamos llamar *El valle nativo*, la emoción del poeta está unida al dulce sueño eglógico del paisaje familiar que gozó y admiró de niño y que, llegada ya la senectud, vuelve a contemplar con grata y embriagadora melancolía. Esos versos nostálgicos, armoniosamente escritos en la más pura lengua del Lacio, nos están hablando sobre lo fugaz de las alegrías de la vida y la instante lobreguez de la tumba.

¡Oh sendas ocultas, montes y escarpadas rocas, antro sombrío, riachuelo nemoroso, valle conocido que estás constante en mi memoria, albergues todos que aprendí a conocer cuando era niño! ¿Éstas, que contemplo, son las flores que recuerdo solía coger con mano solícita? Bien conozco el ronco murmullo que oía de las aguas, y el suave céfiro meneaba aún las frondas como antaño. Mas ¡ay!, ¡cuán distinto de aquel niño vuelvo a tí, valle amigo, y con qué lento andar! Tú, sin embargo, verdeante y no mancillado por los años, así como antes fuiste permaneces para siempre.

*Secreti calles, montes, praeruptaque saxa,
Antrum frondosum, rivule iugis aquae,
Tuque recordanti nimium mihi cognita vallis,
Quosque puer fueram doctus inire sinus!
Fallor, an agrestes flores contemplor eosdem
Quos hilari memini carpere saepe manu?
Quod raucum audibam nosco bene murmur aquarum,*

*Et Zephyrus fronde, lenis ut ante, movet!
Rursus, at heul quantum puero diversus ab illo,
Te, pede quam tardo, vallis amica, peto!
Tu viridis tamen et nullum violata per aevum,
Ut fueras olim, tempus in omne manes.*

A esa predilección por el valle que conoció en su infancia, asocia Caro la de las florestas y umbrosos bosques donde los ojos se aplacen con el verdor de la espesura, y los oídos se deleitan oyendo el susurro de las hojas mecidas por el viento, y el corazón se regodea con un amor que brota de todas las cosas, o del sol que deja lampos de luz entre el bosque, o de los suaves olores de las florecillas, o del murmurio de las aguas corrientes, puras, cristalinas que admiraba Garcilaso, o de los cantares de las aves, tal que embriagada el alma con la armonía de todos esos parajes y criaturas, empieza a cantar a la selva con inmortales acentos.

Morada umbría que susurras mecida por el blando viento y suspendes tu alto techo en sólidas columnas, aguas que corréis a las plantas de los árboles y os ceñís de musgo en la fresca penumbra, troncos, ramas, frondas: tales consuelos y delicias lleváis al alma, que creo que mi corazón está unido con su sangre a vuestras fibras. Dejados aquí sus rayos se hace Febo inermes y la saludable fragancia que arrebató el aura leve desde vuestra cima se infunde en nuestros sentidos. Gózase la mente con la umbría, se olvida de los cuidados del mundo, ama la soledad y no la aterra el espectro de la muerte.

*Grandis, opaca domus, blando quae garrula vento
Celsa super solidis suspendis tecta columnis,
Mucosae lymphas gelida quae desuper umbra
Cingis, et inmissis subter radicibus hauris:
Vos, trunci, rami, frondes, solatia fertis
Deliciasque animo, sic ut praecordia nostra
Vestris crediderim sociari sanguine fibris.
Huc positus radius Phoebus devenit inermis,
Quosque volans rapuit vestro de vertice odores
Sensibus infundit nostris levis aura salubres.
Mens umbris gaudet, carpitque obliviam rerum:
Et solum esse iuvat, nec mortis terret imago.*

Tan hermosos versos heroicos en que, recordando el vate palabras o modos de decir de Lucrecio, de Virgilio o de Estacio, vació todo cuanto para él significaba lo recoleto de la selva, son de lo más pulcro de las letras latinas de fines del siglo pasado o principios del presente. Con la placidez de esas estrofas están rimando también los latidos del corazón de su insigne autor que miraba con ojos asombrados los crepúsculos vespertinos, como aparece de esos valientes versos que llevan por nombre *Aestivum crepusculum*.

Lo mejor de tales versos que dicen:

*En sol occiduus: tenui velamine tectus .
Tranquillus lucet radius, non igneus urit:
Omnis ager ridet, caelum diffunditur amplum:
Blanda magis miscent labentes murmura rivi,
Acrius et silvae redolent; mollissima circum
Sensus aura fovens, animis solatia praebet.*

fue vertido al español por el mismo Caro en dos cuartetos magistrales de un soneto, en esta forma:

Declina el sol: tras apacible velo
ilumina su rayo y no fulgura:
regocíjase toda la Natura;
ábrese encima ilimitado el cielo.
Dulcísimo retumba el arroyuelo;
vierte olor resinoso la espesura;
fresca halaga mis sienes aura pura
y el alma baña en bienhechor consuolo.

Bien que aquel verbo "retumba", aplicado al "dulcísimo arroyuelo", no corresponde al regato que se desliza arrullador, o a las palabras del verso latino que dicen:

Blanda magis miscent labentes murmura rivi.

la verdad es que el soneto, suprimido acaso el primer terceto que no tiene el encanto de los demás versos, acaba traduciendo la bella imagen de los tres últimos versos latinos:

*Hesperus in puro micat aëre, purior ipse,
Atque alio mundo, partim sed prodita nobis,
Solis ad occasum, divina Aurora refulget!,*

de esta guisa:

¡Tímido en el espacio Héspero brilla:
y envuelto en resplandores desmayados
es aurora divina el occidente!

No traduce, por cierto, este postrer terceto, ni aun con mucho, la grandiosa imagen de los versos latinos que pueden verse así al español: Más puro brilla el mismo Héspero en el aire puro, y en otro mundo, aunque parcialmente revelada para nosotros, refulge la divina aurora ante el ocaso del sol.

El epíteto "tímido", aplicado a Héspero, no muestra brillando a ese diamante ante el ocaso del sol. Por lo que nos atrevemos a juzgar que

los versos latinos son anteriores a los españoles y que Caro pensaba a las veces mejor en latín que en castellano.

En *Hospites duo*, tanto como la factura de la composición es feliz el símil de los dos huéspedes que acuden a la sombra de un árbol: el pajarillo que llega trinando en procura de su nido y sus amores, y el poeta que al pie del tronco viene a buscar consuelo y a llorar la ausencia de sus lares.

*Ales amoris adest causa; solamina quaero
Ipse pedes, sacrum devenimusque locum.
Ille agilis, laetus, sua frondea tecta revisit,
Ad veterem truncum me residere decet.
Ille fovet nidos et dulce cantat amores;
En! quoror amissos, ore silente, lares.*

Sobre el cocuyo, insecto pequeño y fulgor de las sombras, que en nuestras tierras americanas pasa alumbrando las tinieblas de la noche, escribió Caro tan bellamente como Gregorio Gutiérrez González, quien al pintarlo dejó, para que le alaben todas las literaturas de todas las lenguas, esta preciosa estrofa:

No hay sombras para ti: como el cocuyo,
el genio tuyo ostenta su fanal,
y huyendo de la luz, la luz llevando,
sigue alumbrando
las mismas sombras que buscando va.

Pero el Padre Restrepo, aunque cree que Caro imitó a nuestro vate antioqueño, agrega que aquél fue más feliz que éste al comparar el cocuyo con nuestra alma, la cual, vagando por las sombras, alumbraba con su propia luz las sendas ocultas.

*Nempe animae similis superis regionibus ortae,
Et levis immensas gaudes errare per umbras,
Et propria lustras secretos lampade tractus.*

Para terminar esta sección de los cantos de Caro a la naturaleza queremos poner en su punto la soberbia arquitectura de los versos titulados *Siren*, en los que el vate latino dio de sí cuanto tenía por la galana expresión del período en que, cantando a una sirena, le dice: ¡Salve, sirena, blanda nadadora, ornamento del piélago, que cantas bajo la noche serena; y arrullas con tu mágica dulzura el vasto ponto!

*Blanda, decus pelagi, Siren, aptissima nando,
Salve, quae cantus edis sub nocte serena,
Et magica vastum mulces dulcedine pontum!*

Como poeta de la naturaleza tiene Caro una expresión jubilosa ante el paisaje, suavemente velada por una discreta melancolía. En él la voz arrulladora de las fuentes y las aves, y la solemne y agorera del mar y de los bosques, va haciendo una concertada armonía con las sinfonías augustas que surgen del pecho de un hombre tierno y bueno, apasionado y artista, que sabe sentir y rendir a un tiempo mismo culto ferviente a la belleza de los seres y la vida.

II. POESIAS DE AMOR

Tanto como la naturaleza sentía Caro el amor. De aquel su robusto pecho, henchido de canciones, surgía en copia irrestañable de ternuras y afectos el amor, no ardiente y violento como el de Catulo u Ovidio, sino suavemente cálido, tal como aparece en las poesías que ahora vamos a citar.

Así, en la nombrada *Recordatio* une ambos sentimientos, el de la naturaleza y el del amor, en una manifestación de los más delicados afectos.

Cuando, recorrido el cielo, se esconde el sol en las ondas y vienen lentas las sombras a traer consuelo a los tristes mortales; mientras calla el ancho mundo y aumenta más el murmurar de las fuentes y el suave aliento de las auras, entonces mi mente, que no aspira a los honores ni al fausto regio, sino a los ocios y a la paz de una vida mejor, ve al rayo de una luz interior otras facciones y escucha, con oído atento, otras voces. Solitario, inadvertido, me parece que vuelvo atrás, sin hacer ruido, por los campos y dulces lugares retirados que conocí mucho, ¡ay!, en el verdor de mi primera juventud. No me turba cuidado alguno del presente ni del futuro; te libras, mujer, de la triste oscuridad de la tumba y viva pasas, después de largo tiempo, ante mis ojos.

*Emenso caelo cum sol se condit in undas,
Cum lentae veniunt aegris mortalibus umbrae
Solamenque ferunt, et, vastus dum silet orbis,
Blanda magis solito rivorum murmura crescunt,
Blanda magis solito Zephyrorum murmura surgunt,
Tunc, quae nil fastus, regios nil curat honores,
Mens mea, sed pacem melioris et otia vitae,
En alios vultus interno lumine cernit,
En alias voces interna concipit aure.
Solus ego, invisus, facilisque errare retrorsum
Per campos mihi iam videor dulcesque latebras
Quas nimis a! novi primae sub flore iuventae.
Non me praesentis, non aevi cura futuri
Ulla tenet; tristi te junere, femina, solvis,
Et viva ante oculos longo post tempore transis.*

¡Y cuán bien asocia Caro la naturaleza y el amor, pintándonos a ambos como fuentes de la vida! Como que todas las cosas enseñan a amar: las flores, las selvas y los nidos; sino que en medio del dulce sabor de sus delicias está aquella parte de llanto que nos dice que el amor pasa como la flor y son como ella sus días breves y perecederos. Que fue lo que expresó el poeta en dísticos preciosos titulados *Ver*, en los cuales, recordando al olásico inmortal, no le faltó sino agregar: *Et nos cedamus amori*.

Flores fragantes, selvas, nidos tibios, cuanto bajo el cielo vive, enseña a amar. Todas las cosas se presentan a la vista bañadas en alegre color, y todas suenan dulcemente en nuestros oídos. Germinan las plantas sin dolores, la vida empieza a ensayar sus pasos y en torno parecen surgir mil mundos nuevos, llenos de halagos y delicias. Cuanto más fulgen las estrellas con su antiguo esplendor, tanto más resplandecen los prados de hermosura. Todo lo vence el amor, por doquier se gozan los amantes y pronto reina con su influjo embriagador. Mas no sanan, y antes duelen, las heridas de esa cerviz esclavizada.

*Halantes flores, silvae, nidique tepentes,
 Quidquid sub caelo vivit, amare docet.
 Omnia sunt oculis laeto suffusa colore,
 Auribus et nostris omnia dulce sonant.
 Vividiore satu, nullisque doloribus, aetas
 Rursus per passus, incipit ire suos,
 Et circum mundi consurgere mille videntur,
 Illecebris pleni deliciisque novis.
 Tam magis antiquo stellae splendore refulgent
 Quam magis assueto prata decore nitent.
 Omnia vincit amor, passim laetantur amantes
 Et citius solito vena tenore micat.
 Huic tamen abiectae cervici infixi, coire
 Tempore non possunt vulnera, plusque dolent.*

En *Perpetuum somnium*, que es un canto de amor, sueña Caro con la amada, ora ascendiendo a la cumbre, ora descendiendo y obligado a llevar una vida oscura, ya fortunoso o desgraciado alumbre sus pasos la santa poesía. Cualquiera que sea mi suerte, te cantaré — dice —, amada mía, y te llevaré a los astros en el canto; y así como lo hice, así lo haré hasta el fin. A dondequiera vaya te llevo como mi señora, parte la mejor y más pura de mi alma. Si es largo sueño la serie de los días y después de la muerte aparece el sueño verdadero, ahora que vivo solamente se me presenta tu imagen que he de gozar sin sombras plenamente después de la muerte.

Son versos admirables, que tienen una música acordada que deleita el oído del alma y nos lleva a recitarlos en voz alta:

*Te, mea vita, colam, te cantu extollere ad astra,
 Ut fuit, ad finem mos erit usque mihi.
 Te, quocumque ferar, porto dominamque meamque,
 Pars animae o melior candidiorque meae!
 Si tota est somnus series quam longa dierum,
 atque ea post mortem somnia vera patent,
 Nunc tua viventi mihi tantum apparet imago,
 Post mortem vere te sine nube fruam.*

A veces una grandiosa comparación prestada a la naturaleza física o a la armonía de los mundos siderales le sirve al poeta latino para espaciar la mente en cláusulas rotundas reveladoras de un amor que muy pocos de los poetas modernos han sabido expresar con tanta belleza y con tan vital aliento humano. Así, los hexámetros de *Adversa spatia* tienen tal fuerza de imágenes gallardas que pocos versos se hallarán tan bellos para ponderar el amor y la imposibilidad de la posesión del ser amado.

Debí venir contigo a la vida como crecen ondas gemelas hinchadas por el leve viento, que añaden espuma a las espumas y luego se aquietan; como las blancas nubes que aparecen en el cielo; como aves que entonan a un tiempo sus cantares; como dos ramos de un tronco que florecen para tejer unidos sus coronas. Mas los malos hados no nos concedieron tiempos iguales. Te miro y creo poder acercarme a ti, mas una fuerza me repele y ausente siempre adoro a la mujer ausente, no de otra manera que el áureo sol sigue en su carro a la luna que callada vuela por las regiones del éter y nunca ve entre sus brazos a la deseada Ninfa:

*Debueram tecum venisse in luminis oras,
 Ut levibus geminae nascuntur flatibus undae,
 Tum spumis addunt spumas rursusque residunt:
 Ut simul apparent albertia lumina caelo,
 Ut volucres cantare pares, ut germine ab uno
 Cernimus immixtis ramos florere coronis.
 Tempora non eadem nobis mala fata dederunt:
 Adspicere ut possum, sic posse accedere fingo,
 Sed vector, atque absens absentem semper adoro:
 Non aliter curru insequitur sol aureus illam
 Quae tacito antevolat pariliq; per aethera passu
 Et nunquam optatam videt inter brachia Nympham!*

Y como no hay versos de amor que el poeta no haya fingido o compuesto en íntima unión con la naturaleza, allí están aquellos admirables, de hermosa factura literaria, en que cuenta su pasión por una doncella, la cual, como venida del cielo en el rayo de luna de Endimión, se le presenta en medio del bosque al caer de la tarde. Llámase *Amor alta petens* y dicen así:

Como vagase solo, hace poco, por un bosque retirado, mientras andaba con callado paso ya al caer el sol, yo, pastor sencillo que no había experimentado el amor de una ninfa agreste o de una náyade nacida en las ondas, te vi vagando acaso por aquellos parajes, virgen del cielo. ¡Al punto, una locura apasionada se ha adherido a la más profunda medula de mis huesos! Locura es ésta que ningún obstáculo puede contener. Rústico Endimión, dormido en plácido antro, sucedió que del alto cielo descendió la Luna deseando reposar enamorada en blando lecho de yerbas. Bajo las sombras yo, no quedándome atrás en osadía y transfigurado por el amor, volaré con alas fulgentes a la celeste mansión de mi amada.

*Solus inaccessos cum lucos nuper adirem,
Dum tacito incedo passu, iam sole cadente,
Pastor ego simplex, nullo contactus amore
Vel Nymphae agrestis vel natae Naidis undis.
Forte per illa semel vidi te lustra vagantem,
Caelestis virgo. Quae protinus anxia nostris
Infixa est imis atque amens cura medullis!
Amens, sed qualem nullus deterreat obiex.
Rusticus Endymion, placido sopitus in antro,
Fecit ut e caelo Phoebe descenderet alto,
Herboso cupiens obscura quiescere lecto.
Sub tenebras ego, non ausis maioribus impar,
Inque novas facies mutatus amore, supernas
In dominae sedes alis fulgentibus ibo.*

Persiguiendo a su amada por las salas de los etéreos alcázares, la entlabiará con versos de sabrosa cadencia. Ella es la que inspira sus cantos, ella la que haciendo el milagro de Anfión de congregar las rocas para oír los numerosos acordes de su lira, le sugiere los mejores metros y melodías para sus estrofas. Bajo el símil de Anfión y recordando al dios de la lira encantada, dejó Caro los versos más lindos, que tituló *Ad Amphiona*.

Perdona, Anfión, fundador de la admirable ciudad, y no me culpes si cuando joven leí incrédulo, un día, que habías atraído con tu canto las rocas, y si tomé por ficciones de los poetas tus hechos. ¿Por qué he de admirar ahora, divino maestro de la cítara, que fuesen las piedras a formar muros llevadas por la sola virtud de tus canciones? Sobre mi corazón hace un prodigio mayor la secreta fuerza del canto. Canta mi ninfa y la nube reunida en muchos años resplandece con los rayos del sol, en huertos se truecan nuestras ruinas vestidas con las flores de la primavera y surgen airosos castillos dignos de las altas cumbres.

*Ignosce, Amphion, mirandae conditor urbis,
Nec mihi sit culpae iuvenis si incredulus olim
Te dociles legi cautes traxisse canendo,*

*Proque poetarum sumpsi tua facta fabellis.
 At nunc quid mirer, citharae divine magister,
 Ivisse in muros lapides quo duceret aptos
 Unica vis vocum? Mea nam praecordia tangens
 Maius opus peragit secreta potentia cantus!
 Nympha canit: multos nubes glomerata per annos
 Albescit solis radiis, mutantur in hortos
 Primaevo nostrae vestitae flore ruinae,
 Dignaque caelicolis renovata palatia surgunt!*

Es ella, la amada ideal, la *dulcis coniunx*, la que contempla en sus sueños el poeta, el rostro bañado de dulzura, lleno de modestia, la luz serena que fulge en sus pupilas émula de los astros, tal que a todos subyuga, y a nadie engaña, por la maravillosa mansedumbre de su alma. Dejando el cielo la diosa, incierta como una nube, mas fulgiendo con el fuego de una estrella, llega benigna y tiene a bien acompañarle bajo su pobre techo, presidiendo, como una lámpara votiva, la quieta paz del conticinio. Mas como la esperanza que abriga el alma ya pulsa la tierra con pie leve, ya tiende el vuelo, ora parece que huye, ora que tarda la partida, así mira el poeta a la que adora rendido: ambigua, difícil como una diosa, amante cual mujer, y así parece a un tiempo que huye y que se queda.

*Oris dulce decus, divini modestia vultus,
 Aemula sideribus lux fronte exorta serena
 Index sunt animi mira dulcedine cunctos
 Ducentis, nullum ficto vincentis amore.
 Incerta ut nubes, at sideris igne resurgens,
 Illa venit, caelum linquens, comitemque benigna
 Paupere sub tecto non dedignata manentem,
 Nocturnis vigili dea lampade praesidet horis.
 Ast animo veluti cum spes captiva tenetur,
 Iam pede pulsat humum atque alis se inclinat apertis,
 Iam fugere aspicias, fugiens tamen usque moratur,
 Sic et eam ancipitem video quam certus adoro:
 Ut dea difficilis, facilisque ut femina nobis,
 Sic fugitiva volat pariterque immobilis exstat.*

Aquí está todo Caro, todo el poeta latino que en esos valientes hexámetros titulados *Diva comes*, llenos de un ritmo y una medida y una cadencia exquisitos, nos ha dejado ver como palpable el sueño de la mujer querida: risueña y gentil como la esperanza que cela el alma aun en las horas del infortunio, inaccesible casi como si fuese una diosa, mas apasionada y cariciosa como una mujer. Así, entre la esperanza prometedora de las rosas de Italia y el desconsuelo del bien perdido, aparece la visión de la amada, fugitiva a un tiempo e inmóvil.

Mas el amor llena el alma de luces aun en medio de la cerrazón de tinieblas de la noche oscura, y cuando vagamos perdidos, sin rumbo ni

camino en la espesura de la selva, hallamos la meta apetecida. Entonces, rompiendo la lobreguez que nos rodea, aparece una estrella, que nos sirve de guía, y es una mujer. Es lo que vamos a ver en los dísticos titulados *Stella*.

¿Quién, ¡ay Dios!, tocado de piedad, volverá al camino al desdichado que, en medio de la selva, ignora el rumbo? Bajo la noche horrenda oye al viento zumbar entre las ramas, descaece hasta la esperanza de hallar la salvación. En el cielo queda solamente una estrella palidísima que apenas penetra las tinieblas con su trémulo rayo. Levanta él los ojos y murmura con tímidas palabras: "¡Oh cielos, os rogamos piedad para nosotros!". Compadecida la estrella de la cuita del peregrino, recibe sus gemidos y viene en su auxilio. Al tocar la selva aparta los senos de las frondas, hiende los árboles y se presenta dentro. Parecía una estrella. ¡Cuán distinta se ve! Los fulgores que fueron velo vago de su celeste faz, son, mirados de cerca, dos pupilas; la que aparecía como una estrella, se presenta como una bella mujer.

*Quis deus a! miserum tactus pietate reducet,
Qui media in silva carpere nescit iter?
Nocte sub horrenda ventos ramosque frementes
Audit, quaerendae spes cadit ipsa fugae.
In caelo tantum lampas tenuissima restat
Quae latebras tremulo vix penetrat radio.
Ille oculos tollit, timidoque obmurmurat ore:
"Di caeli, nobis ferte, precamur, opem!"
Stella peregrini longe miserata labores
Accepit gemitus auxilioque venit.
Ut tetigit silvam, ramorum claustra recludit,
Arboreos nexus scindit, et intus adest...
Stella videbatur; quantum mutata videtur!
Qui vaga caelestis forma fuere facis,
Cominus inspecti radii duo lumina fiunt;
Quae sidus fuerat, femina plena patet.*

Tal es la mujer, tal el amor, según Caro. Y recordando lo que son las almas blancas ya había dicho en los primeros versos latinos de su juventud apasionada, en la que más de una vez debió de sentir los efectos del amor, que si a la tierra vienen los ángeles del cielo, a los cuales vence el amor, para saber conocer y sanar todas las dolencias; si todos conocen la tristeza y la padecen; si no pueden coger en los prados mundanales las flores que buscan; si aquí no ven, como en el cielo, el bien ni la belleza; si sufren no teniendo sino a Dios por testigo; si desempeñan el papel, aunque acerbo, de aliviar todo mal y llevar en paciencia el que soportan, él sabe que los ángeles de que habla tienen formas corporales y que al presentarse una mujer va con ella una divinidad.

Los versos finales de esta poesía titulada *Animae candidissimae*, expresan suaves ternuras de amor y encumbran a la mujer al mismo trono de los dioses.

Ya hable amorosa, ya sonrían sus dulces ojos, la mujer viene del cielo, la mujer es siempre una diosa. Es su compañera la amargura. Ora entorne los ojos, ora hable, no sé qué ternura tiene su rostro. ¡Oh si pudiera verte yo en tu propia luz, oh Cintia, que así vienes cubierta de la noche!

*Sive loquetur amans, seu dulces flectet ocellos,
Femina de caelo est, femina saepe dea est.
Huic comes et moeror. Vultus, cum lumina flectat,
Nescio quid teneri, cumve loquetur, habet.
O, ego si possem propria te in luce videre,
Cynthia, quae talis nocte adoperta venis.*

Con el último verso en que Caro recordó algunas palabras de aquel tan conocido del poeta latino —“iam veniet mors *tenebris adoperta caput*”—, supo demostrar una vez más cómo tenía el corazón rebosante de mieles hibleas. Cupido le hirió con sus saetas, mas también le colmó de sus favores.

*Ah miseri quos hic graviter Deus urget! at ille
Felix cui placidus leniter afflat Amor.*

(TIB., Lib. II, Eleg. 1).

Que no fue su Cintia como la de Propercio:

Cynthia forma potens, Cynthia verba levis,

sino la esposa fiel, Anita Narváez, con quien formó un hogar que exhaló la fragancia de todas las virtudes. En él se complació Caro, en él oyó la dulce voz de su madre, y fue en él donde cultivó, como en un jardín preciado, el amor de su esposa y de sus hijos, según lo vamos a ver en seguida.

III. POESIAS FAMILIARES

Entre sus poesías familiares, tituladas *De voce materna*, *Ad filiam*, *Pater paene caecus*, *Ad Victorem*, *Puer ex morbo convalescens*, *De filiis ob eorum erga patrem pietatem*, *Ad filium suum*, ¡cuántas ternuras observa en don Miguel Antonio Caro el lector atento!

Recordando el poeta aquella voz de la madre que fue para su padre un manantial de gozo y que a él mismo le arrulló con cantares en la cuna, dice que después de tanto tiempo le parece escuchar su dulzura cuando yace enfermo en el lecho. Sólo le place escuchar esa voz maternal con la cual se deleitó su padre y él de niño; voz maternal potente que calmó sus renovados dolores y vino a aliviar sus penas, conocida por su arrulladora dulzura y grata al corazón; que le halaga con

palabras cariñosas, le hace olvidar los males y cuando todo ruido y toda voz mortal le desagrada, sola esa voz suena embelesadora para él.

*Aeger cum iaceam, longo post tempore, lecto,
Accipere hanc vocem nunc quoque dulce mihi.
Hanc haurire iuvat, defessus qua pater olim
Voce fruebatur, quaque puellus ego.
Vox materna potens quassata mente dolores
Saepe renascentes, saepe levare venit.
Haec multas inter quadam dulcedine nota;
Non erit hac cordis certior ulla viae.
Immemorem haec animum, verbis dum mulcet amicis,
Praesentisque facit praeteritique mali.
Cum vox mortalis, murmur cum displicet omne,
Haec misero, haec aegro vox bene sola sonat.*

¡Y con qué afecto, con qué honda emoción, con cuánta ternura y delicadeza le habla a aquel hijo pequeñuelo que le acompañaba! Nos parece ver a aquel padre, casi ciego, hablándole a su hijo con los ojos llenos de lágrimas. Tal es la belleza de esa poesía, que la vamos a seguir fielmente.

¡Vén acá, hijito mío! Te miraré mientras pueda. Todo lo corpóreo, las flores y los astros del mundo se velan ante mis ojos enfermos con una niebla opaca y me sumergen por fin en plena lobreguez. Considérame como el condenado a muerte que, mientras huye la hora breve y está ya próximo a la noche oscura, recuerda las alegrías de la vida pasada. ¡Ay de mí! Si algo pueden aún mis lánguidos ojos, no deseo otra cosa, hijo mío adorado, que verte, para que se graben en mi alma tu faz, tus ojos tímidos y tus labios cuyo dulzor no se apura bastante con mirarlos. ¡Acompáñeme tu imagen sonriente cuando me vea obligado a vagar por el camino horrendo bajo la noche larga!

*Parve, veni, fili; te, dum fas cernere, cernam.
Quidquid corporeum est, flores et sidera mundi,
Ante oculos aegros nebula velantur opaca,
Et mihi se plena denuum caligine mergent.
Damnato morti similem me credite, quippe
Praeteritae secum recolit qui gaudia vitae,
Dum fugit hora brevis, nocti iam proximus atrae.
Hei mihi! si quid adhuc mea languida lumina possunt,
Nil aliud cupio quam te, mea cura, videre,
Utque animo vultus, timidi figantur ocelli,
Et, quae dulce satis non est vidisse, labella.
Me tua dein, longam sub noctem errare coactum,
Horrendum per iter ridens comitetur imago!*

A su hijo, el ingeniero y poeta don Víctor E. Caro, cuyo sillón en la Academia Colombiana me tocó ocupar a su deceso por innmerceda

designación que me hizo la corporación, le dedicó una poesía en la que el afecto paternal está templado por una suave tristeza con que le recuerda al hijo amado cómo vino al mundo en tiempos de bárbaras pasiones en que los hombres buenos tenían que callar, presionados por el terror; y cómo, nacido en tan duro tiempo, le recibieron sus padres felices como un don del cielo; y por qué le puso su genitor, a guisa de augurio feliz, el nombre de Víctor, para enseñarle a andar con valor y confianza en los casos adversos de la vida y en la próspera fortuna.

*... Te, duro tempore natum,
Pro caeli dono laeti excepere parentes:
Te victus fovi, te primo in limine vitae
Felici genitor Victorem nomine dixi,
Ut te iam primum per multa adversa docerem
Pergere fidem et res exspectare secundas.*

Hermana gemela de aquella poesía *Pater paene caecus puero comitanti*, ya que no en su forma métrica, sí en el tesoro de afectos que encierra, es la titulada *Puer ex morbo convalescens*, en que el padre expresa su dolor viendo a su hijo enfermo y consumido por la fiebre, y luego la alegría que le posee cuando lo mira convalecer y recobrar la salud.

Aún me parece verte en el lecho, hijo dulcísimo, cuando una fiebre voraz te consumía. Sentí entonces cuán cercano estaba el abismo horrendo en que ya te iban a sumergir los hados. ¡Oh crueles noches! Cuan acerba fue entonces la vida a mi corazón doliente, tan serena se muestra ahora, llenándome de gozo. ¡Afortunado padre!, me saludan con acento alegre. ¡Afortunado padre!, me llamo felicitándome, cuantas veces, al tocar con mi diestra tus mejillas, percibo, no ya el calor de la fiebre, sino el de la vida. Fue un tiempo en que una ninfa me sonrió con tiernos ojos y en que libé sus besos más dulces que la miel. Pero me brinda más dulzura el hijo en cuya pálida faz asoma, robado a la muerte, la primera sonrisa. Suscitado de las tinieblas a las auras de la vida, ¿con qué hechos podré presentarme agradecido ante Dios?

*Te mihi adhuc videor, dulcissime nate, videre
In lecto, immiti cum premerere febre.
Iam iam mergebant horrendo gurgite fata,
Et sensi quantus proximus ille foret.
O diras noctes! Quam tunc mihi acerba dolenti,
Nunc tam felici vita serena cadit.
Fortunate pater! laeto clamore salutant:
Fortunate pater! gratulor ipse mihi,
Tangenti quoties nostra tua tempora dextra
Vitae, non febris, dat bona signa calor.
Nympha mihi quondam teneris arrisit ocellis,
Osculaque eripui dulcia melle magis.*

*At puer evadens mihi plus dulcedinis offert,
Pallida cum primus risus in ora venit.
E tenebris, nato incolumi, revocatus ad auras,
Quis factis potero gratus adire Deum!*

En esos soberbios dísticos está abrasándose aún el corazón de un padre que ama con profundo amor a sus hijos, como en estos otros, titulados *De filiis ob eorum erga patrem pietatem*, en los que citando Caro el famoso dístico de Ovidio, siente que sus hijos le corresponden su amor y se enorgullece por ello, no importándole que haya a las veces en la vida amigos falsos.

*"Donec eris felix multos numerabis amicos,
Tempora si fuerint nubila solus eris".
At male pro veris, Naso, numerantur amicis
Qui facile adversis rebus abire solent.
Infidi valeant comites, nil est opus illis!
Exiat, parvu quidem, sed mihi plena domus.
Aspice quam pura foveant pietate parentem
Nati, solamen perfugiumque seni!
Quam nova certatim sacro ex Helicone quotannis
Deducant capiti florida sertis meo.*

Por su belleza, por su exquisita factura, por el pensamiento, esos dísticos son dignos del Renacimiento y hubieran podido firmarlos como propios Sannazaro o Eneas Silvio, y en la antigüedad el mismísimo Ovidio. El último dístico, especialmente, parece un arco de triunfo erigido sobre la misma campiña del Lacio.

No le importaban al poeta los malos amigos, porque tenía una casa abastada, aunque pequeña, en la cual, coronado del amor de sus hijos, consuelo y refugio de su senectud, vivía feliz y contemplando en veces escenas como la referente a su hijo Víctor, que se acababa de dormir sobre el libro abierto. Tal es la que pinta en la poesía titulada *Ad Victorem filium, recens sopitum, capite in apertum librum demisso*.

Está bien, hijo mío, digno de tus abuelos, que así descanses un poco de esa labor, con los instrumentos en tus manos. No sólo en breve sueño, sino vencida ya su cabeza por la muerte, se reclinaron aquéllos en los libros. Está bien que nos acompañen hasta en la eterna noche los libros, alimento del alma y consuelo que nos ofrecen las Musas. Dedíquese cada cual a su oficio y muera en él. Las Musas odian el vulgo y los ruidos profanos; y así, mientras un sueño fácil cierra tus ojos, quisiera arrebatarte y ponerte en un campo alegre, rodeado de un bosque nemoroso y auras suaves.

*Sic bene sic proavis tu, fili, dignus, ab isto,
Instrumenta tenens, paullum requiesce labore.
Nec brevibus somnis tantum, sed morte gravato*

*Iam capite in libros illi incubuere patentes.
 Libri alimenta animae, Musae solamina nobis,
 Nos et in aeternam noctem comitentur oportet:
 Armis quisque suis vacet, et moriatur in illis.
 Musae autem vulgus strepitusque odere profanos;
 Quare dum facilis tibi somnus claudit ocellos,
 Te rapere al' vellem, te ponere rure beato
 Ingenti cinctum nemore et felicibus auris.*

Así fue Caro en el hogar. Mientras le hablaban dulces cosas al oído Horacio y Virgilio, Ovidio, Catulo y todos los poetas del amor, César, Salustio, Tito Livio y Tácito, Plauto y Terencio, Lucano y Silio Itálico, y todos los escritores del Renacimiento, ardía en su pecho la lumbre del amor a su esposa y a sus hijos. Lamparilla de amor siempre vigilante ante el ara de su hogar, como la que tuvo perennemente encendida ante el Sagrario para adorar a Dios.

Esto último podrá ponderarse mejor estudiando lo que dio de sí el numen latino de Caro en la poesía religiosa.

IV. POESIAS RELIGIOSAS

Muy niño perdió Miguel Antonio Caro a su padre, sin que casi le hubiera conocido y sin que la mente de ese grande hombre, superior al hijo como poeta lírico, hubiera podido guiarle y enseñarle. Mas desempeñó sus veces el abuelo, doctor Miguel Tobar, varón de cultura clásica, el cual le enseñó los primeros rudimentos de la lengua sabia y le crió a los pechos de la más pura ortodoxia religiosa, la cual acendrarón después los jesuitas en el Colegio de San Bartolomé, donde "a los doce años, el niño tenía ya —dice el insigne hombre de letras y orador sagrado, doctor Rafael María Carrasquilla— las creencias católicas, firmes, incontrastables, que hicieron de él un 'adalid de Cristo y de su Iglesia', como le llamó el Arzobispo José Telésforo Paúl".

De esas creencias, de esa profunda fe religiosa, son fruto las poesías latinas de que voy a hablar seguidamente. Sea la primera la que lleva por título *Caeleste auxilium*, en la que se revela la fe ardiente del poeta cristiano confiado en las potencias de lo alto.

Cual junco dócil, o cual nido abatido del árbol, que flotan en el piélago a merced de los vientos y las olas, así vacilo yo, sin alas, por las vacuas sombras y no sé adonde, leve, soy conducido. Nada puedo ver, nada oír, nada hay donde intente poner el pie; una fuerza desconocida me arrebató; ignoto es el aire que atravieso. Mas no me aterran el vasto silencio, ni el hálito que rompiendo del abismo atestigua el horrendo Averno; y así voy seguro, entre el peligro ciego, porque mi mano diestra extendida siente otra mano suave que la toca y la quiere salvar.

*Ut docilis iuncus, decussus ut arbore nidus,
 Qui pelago fluitans ventis iactatur et undis,
 Sic ego per vacuas labens, non aliger, umbras,
 Nescio quo levis abducor. Nil cernere possum,
 Nil audire, pedem non est ubi sistere tentem;
 Vis ignota rapit; quem trano, incognitus aer.
 Non tamen exterrant me vasta silentia, nec qui
 Halitus erumpens atrum testatur Avernum,
 Et securus iter per caeca pericula pergo,
 Dum, quam protendo, iungi sibi dextera dextram
 Sentiat, et tactu mollem et servare volentem.*

La mano suave que el poeta siente que se le tiende para salvarle y que nos parece ver surgiendo al par de tan heroicos hexámetros, es la misma que invoca en su plegaria a Cristo, en los versos en que dice: Crece el peso de la vida, faltan las fuerzas, no hay quien nos preste ayuda y me arrebatara el vórtice del agua. ¡Tú, oh Cristo, que mandaste surgir a Pedro cuando ya casi se hundía, mándame a mí también surgir, para no perecer!

Son hermosos esos versos, titulados *Naufragus ad Christum*:

*Crescit onus vitae, vitae vis deficit; omnes
 Qui saveant, desunt: vortice raptor aquae.
 Qui iam iam oppressum iussisti emergere Petrum,
 Me quoque, ne peream, surgere, Christe, iube.*

Contienen también hermosos versos y pensamientos las poesías encabezadas con los títulos *Vis precum* y *Ad Matrem Dei, de aquis in vina conversis*, especialmente la última en que el poeta le dice a la Virgen: Desfallecemos, Madre; haz que infunda Jesús su vino en nuestras venas, que quiero estar ebrio de ese vino.

*Deficimus, Mater: fac nobis fundat Iesus
 Vina sua in venas; ebrius esse velim.*

Y ya que ha implorado el favor de la Madre, se dirige al Hijo en aquella efusión de amor, que es una plegaria que me place elevar *Ad Iesum*, a quien va dirigida, con estas palabras: Imperando suavemente tu voz, dulcísimo Jesús, suena en todo tiempo en las mentes humanas; y el que colocó su secreto nido en tu pecho, ¡cuántas alegrías halló como en una fuente irrestañable! Todo lo instauras Tú: en dulce tornas lo amargo, sanas lo enfermo, lo abatido levantas. Con tu luz revelas lo escondido; y lo que no puede ser vencido, Tú lo allanas. ¡Salud verdadera, tesoro inmenso, única alegría para el enfermo y el pobre y afligido, que así como para todos se muestra abierto el cielo, así Tú, todo amor, llamas a todos con el corazón abierto!

*Suaviter imperitans, tua vox, dulcissime Iesu,
Mentibus humanis tempus in omne sonat,
Quique tuo posuit secretum pectore nidum
Fonte velut vivo gaudia quanta capit!
Cuncta ipse instauras: in dulcia vertis amara,
Quae languent firmas, quae labejecta, levas.
Luminibus tantum quaecumque arcana recludis,
Quae vinci nequeunt tu superanda facis.
Vera salus, ingens thesaurus, sola voluptas,
Aegris, pauperibus, tristibus unus adest.
Omnibus ac veluti caelum se praebet apertum,
Omnes, totus amor, corde patente, vocas.*

Y pasando por alto los versos titulados *Mariae Magdalenae nardo Magistri pedes ungentis exemplum commendatur*, en que el autor recomienda el ejemplo de María Magdalena al ungir con nardo los pies del Maestro, y en los cuales es digna de elogiosos comentarios la estrofa final —“Annis igitur a floridis”, etc.—, vengamos a los que llevan como título *Ad Sanctum Ioseph*.

“Con maravilloso afecto”, dice el Padre Daniel Restrepo S. I. en su ya citada *Prolusio* a las poesías latinas de Caro, “en fluentes versos, canta las alabanzas del castísimo Esposo de María. Maravilloso, sin duda, como que no superaría fácilmente cualquier sacerdote a nuestro vate, hombre implicado en tantos negocios seculares, al tejer coronas que más bien son propias de un eclesiástico”.

Ciertamente. Sólo que el amor a Dios se encuentra en veces, tanto como en eclesiásticos, en pechos de los laicos. Bellísimos son esos versos en que el vate latino se complace recordando la vida del Artesano de Nazaret, héroe ignoto en la tierra, que pasó por ella custodiando en sus años mozos al Redentor del mundo y a su Madre, la Virgen sin mancha.

*... Vixisti occultus, terris incognitus heros,
Occultus moreis, factaque morte premis.
Sic decet: en nova iam virtus quae vindicat umbras
Pacifica, et tacitum pergere gaudet iter.*

El poeta se aplace en recordar al guardián de la pureza de María y en cantarle al Esposo inocente, poniéndole una corona de gloria tejida con laurel inmarcesible: Te haces pequeñuelo con los niños inocentes; sonrías a las vírgenes, llevando cándidos lirios; recreas humilde a los humildes; pobre, das tus favores a los pobres; y anciano, a los ancianos.

*Ergo simplicibus pueris fis ipse pusillus,
Virginibus rides lilia pura gerens,
Atque humiles humilis recreas, propriosque favores
Pauperibus pauper das, senibusque senex.*

Todo esto, para terminar con una oración llena de piedad, que a mí también me sale del fondo del alma en estos momentos: He aquí que a ti te invocan mis hijos, mi esposa, todo mi hogar. ¡Protégenos, y acuérdate de mí! Te rogamos, oh santísimo José, que a todos nos enseñes a ser humildes, a vivir castamente y a dulcemente morir.

*Te dulces nati, te coniux invocat, ecce
Tota domus: faveas! et memor esto mei!
Quaesumus, o! cunctos doceas, sanctissime Ioseph,
Esse humiles, caste vivere, dulce mori.*

Su postrer composición religiosa, *Lampas Sacrarii*, ostenta lo que fue ese "adalid de Cristo y de su Iglesia", que mantuvo siempre en su corazón la llama del amor a Dios. Vamos a seguirle ahora en sus poesías filosóficas y literarias.

V. POESIAS FILOSOFICAS Y LITERARIAS

Aunque no creyera haberse remontado al firmamento, la verdad es que le placía encumbrarse a él como las águilas, para mecerse en los espacios abiertos del pensamiento, donde no alcanzan los vientos ni las tempestades, y contemplar desde la altura serena la borrasca y tumulto y desconcierto de las cosas humanas, abajo, en la tierra y en el piélago profundo. Allá, como el águila que tiene por imperio el cielo, gozaba la serenidad infinita de la altura adonde le había llevado su ambición de gloria. Tal le contemplamos en esos versos latinos, titulados *Ambitio* y vaciados por él en un soneto majestuoso, que compite con la belleza del original latino.

Dice así el soneto:

AMBICIÓN

¡Partamos! El espíritu impaciente
Anhela por volar a su albedrío:
Ni llanto, ni piedad: el pecho mío
Solo, inmensa ambición, tu imperio siente.

Revueltas ondas de la mar rugiente,
Rayos que el cielo enrojecéis sombrío,
Vuestra furia y tumulto desafío
Con labio mudo y con serena frente!

Ya, suelta el ala del bajel, me siento
Cruzando, ¡oh gloria!, el piélago profundo;
¡Quién pudiera también el firmamento!

¡Oíd! nos llama el soplo gemebundo.
Del águila la herencia es todo el viento,
Y la herencia del hombre es todo el mundo.

Escrito ese arquitectónico soneto en 1868, ignoro si es anterior a la composición latina, o una mera traducción de ésta. Comoquiera que sea, yo no sé a cuál de los dos otorgarle la palma del triunfo. Tan bellas son ambas formas poéticas, que si gozo con los dos últimos versos del terceto final en que se condensa toda la expresión del pensamiento poético, no puedo menos de regodearme en el final latino:

*Omne aquilae caelum est: tellus et pontus et aer,
Cuncta cadunt fortis sub ditioe viri.*

Ambitio modesta y *Lux* son buenas composiciones, pero inferiores a *Augurium*, en la que, al par de la arquitectura de los versos latinos, deleita el alma y los ojos la visión del ave que vuela en la inmensidad del cielo azul, símbolo y augurio de la ascensión del espíritu a regiones superiores.

Sereno, difuso, puro el cielo sin límites, parece extenderse en derredor y disiparse arriba; ni una ligera nube aparece, que enturbie el azul del cielo. Tiendo la vista errante y veo un ave que, espaciándose en la vasta inmensidad, semeja un alma que, libre al fin de sus ataduras, despliega sus blancas alas en las altas regiones. Feliz augurio, imagen de una vida ulterior, signo alegre a los ojos mustios de llanto, y consuelo al corazón después de largo sufrimiento. No te borres, augurio, te lo ruego; no abandones mi pecho, permanece conmigo como un amigo íntimo; y piérdase en el viento lo que insinuaron aves negras y prolongadas noches tristes.

*Lentum, diffusum, sine finibus aethera purum,
Tendere se circum, supra vanescere credas;
Ne levis ulla quidem, maculet quae caerula caeli,
Apparet nubes. Errantia lumina tollo,
Et mihi sese offert ales, velut aequore nantem,
Atque animae similem, quae tandem libera vinculis
Altis albentes regionibus explicat alas!
Felix augurium, vitae ulterioris imago,
Aegris per luctus oculis lactabile signum,
Et penitus menti, post taedia longa, levamen!
Ne, precor, omen, abi, ne nostrum desere pectus;
Hic remane, et mecum, sicut comes intimus, ultro
Insequere ad metas, vanumque recedat in auras
Quidquid aves nigrae et longae monuere tenebrae.*

Me volvería interminable si fuese siguiendo una a una las poesías que, o contienen un pensamiento filosófico, o son estrictamente literarias; y así doy de mano a hexámetros o dísticos como los titulados *Ad*

Musas, Cogitatio, los solemnes versos heroicos *Ad Gloriam*, las poesías tituladas *In ignavos homines, Animi degeneres, Liberator, De vita et morte, De paupere ditissimo, Pax insperata, Arbor symbolum poetae, Quid maius Achille*, para detenerme en aquellos versos de los hexámetros titulados *Est galli cantus suavis in noctibus*, colegido por Rivas Sacconi en el *Appendix I* del libro de poesías latinas de Caro.

Si esos versos fueron realmente compuestos el año de 1862, no puede menos de causar admiración el dominio que ya tenía entonces nuestro gran humanista del verso latino. Bella es toda la poesía, pero a mí me agradan sobremodo los versos de ella que dicen: Es la vida un mar: navegantes, ¡ay!, en vasto piélago, miseros descendientes de Adán, buscamos entre los grandes peligros del Ponto un puerto tranquilo donde reposar. Es la vida hórrido camino. Vamos como peregrinos y buscamos los prados fragantes perpetuamente florecidos; mas todo nos muestra, a los viajeros cansados por extensos valles y horrendos riscos, la imagen de la muerte.

Es ésa la desolación y tristeza que se advierte en las cosas humanas, y que el poeta latino a quien comento expresó en perfectas estrofas:

*Vita mare est: maris in vasto nos aequore nautae,
Heu! miseri Adami miseri quicumque nepotes:
Tranquillum petimus, quo detur sistere, portum,
Sed petimus tanti per summa pericula Ponti.
Horridum iter vita est. Peregrini vadimus ipsi:
Floribus aeternis late spirantia prata
Quaerimus; at nobis ostentant omnia mortem
Per longas fessis valles, perque horrida saxa.*

Me deleitan esos versos por su música, bien así como los llamados *Prima quies*, de tan ensoñadora inspiración, con los cuales me agrada terminar este capítulo. Se encuentran traducidos al español por su autor en el primer tomo de las *Obras poéticas* de Caro, pero el epígrafe que precede al soneto está pésimamente transcrito por el editor de esas poesías y, además, alterado y con errores, pues los versos de Claudiano dicen así:

*Me quoque Musarum studium, sub nocte silenti
Artibus assuetis sollicitare solet.*

En los titulados *Prima quies*, Caro subió a las mayores alturas del latino Parnaso, como se puede ver en seguida si vamos con él paso a paso en su amena excursión por las encantadoras comarcas en que solía recrearse.

Cuando el mundo se envuelve en grandes sombras y cae bajo el blando imperio de la paz; cuando la vida de los hombres se serena entrando al sueño, como al llegar a un lago tranquilo la onda rápida, entonces en la región en que vigila sale el poeta con paso atentado y va-

garoso, se dirige a otras tierras en que reinan los sueños, oye la voz que suena en el silencio, ve presentes las selvas, la gruta solazosa, las sagradas fuentes y el coro de las Piérides. Entonces, en el retiro, se le abren al alma vidente, no a los ojos del cuerpo, escondidos y sellados arcanos. Todas las cosas empiezan a borrarse; y al apurar las copas sin pesares del Leteo, yace la mente en sueño.

*Tempora quo mundus magnis involvitur umbris
Et Pacis blanda sub ditione cadit,
Cum se vita hominum, somnos ingressa, serenat
Ceu rapida in placidum devenit unda lacum,
Tunc illa, vigilatur ubi, regione, poeta
Paullatim iniussis passibus egreditur,
Inque plagas alias, regnant ubi somnia, migrat
Et voces haurit queis sonus omnis abest,
Praesentesque videt silvas dulcesque recessus,
Et fontes sacros Pieridumque chorum.
Tunc animae, latebris servata arcana, videnti,
Non oculis vivis ante reclusa, patent.
Omnia deleri incipiunt, securaque Lethes
Pocula cum biberit, mens hebetata iacet.*

VI. POESIAS POLITICAS

Las ideas políticas de Caro, conformes con su pensamiento filosófico y sus convicciones religiosas, fueron ampliamente expuestas en su periódico *El Tradicionista*, fundado en 1871, cuando contaba apenas veintiocho años de edad, y contribuyeron a la transformación política de los antiguos estados federales en la República de Colombia que dio en tierra con las ideas utópicas, irreligiosas y disociadoras que desde 1863 hasta 1886 imperaron en nuestra amada patria.

Secundado el glorioso humanista por hombres como el insigne filólogo Rufino José Cuervo y otros como Ignacio Gutiérrez Vergara, Carlos Martínez Silva, Carlos Holguín, Sergio Arboleda, Juan Buenaventura Ortiz, próceres todos del pensamiento ortodoxo, y ampliamente respaldado y aun espoleado por el principal autor de la Reforma Política, el egregio pensador doctor Rafael Núñez, aunque de pensamiento filosófico y político muy distante de aquél, había venido observando Caro con Núñez la catástrofe y ruina que amenazaban a la patria, y fue el principal inspirador y redactor de la constitución de 1886 que declaró caducada la de Rionegro, y cuyo credo filosófico, religioso y político ha de continuar encauzando las ideas de nuestros gobernantes, si se desean la paz, el orden y el bienestar social, contra la invasión de ideas que, venidas de allende y contrarias a la idiosincrasia de los pueblos de occidente, pretenden subvertir el orden cristiano actual.

Reelegido el doctor Núñez presidente de Colombia en 1887, ocupó el solio el doctor Carlos Holguín en 1888 y permaneció en ejercicio del

mando hasta 1892, como primer ministro del Estado. El 7 de agosto de ese año, por retiro del presidente titular doctor Núñez, se posesionó Caro de la vicepresidencia de la República ante la Corte Suprema de Justicia y entró a ejercer el poder ejecutivo en época de ardientes pasiones de bandería y revuelta política que llevaron al país a la revolución de 1895, la cual debeló Caro en cincuenta días con el triunfo de su teniente, el general Rafael Reyes, en Enciso, y la rendición de los revolucionarios en Capitanejo.

Tiempos duros aquellos en que el vate y vicepresidente de Colombia, sumergido como Horacio en las ondas civiles — *mersus civilibus undis* —, suspiraba impotente por la paz de sus lares para entregarse al amor de sus hijos y al suave trato de las Musas.

Un año antes de la batalla de Enciso, en 1894, escribía los versos titulados *Abdicationis spes et commendatio*, en que soñaba con la libertad que le quitaban los males de la patria.

¡Feliz — dice — el que al fin pudo dejar los honores, volver tranquilo a su casa, entregarse de lleno a sus amigos, mostrar a los hijos el camino de la eterna salud y olvidar las instantes preocupaciones de la vida! ¡Por fin seré un hombre libre!... Así cantaba yo el principio de una vida nueva y de una suerte dichosa, ilusionado de esperanza. Pero los hados lo vedan y me esfuerzo en luchar, expuesto a todos los rumores, a todas las ondas, esclavo digno de compasión, bajo un gran nombre, en un palacio... Sin embargo, en cuanto me fuere dado, escaparé y permaneceré silencioso.

*Felix qui tandem potuit deponere mitram!
Dulce redire domum, totum se reddere amicis,
Filiolis iter aeternae monstrare salutis,
Mutaque sollicitae potare obliviae vitae.
Liber homo evadam tandem... Sic ipse canebam
Principium vitaeque novae sortisque beatae,
Spe captus. Sed fata vetant! Persistere conor
Omnibus expositus rumoribus, omnibus undis,
Nomine sub magno servus miserabilis aulae!
Quo potero, tamen, evadam tacitusque manebo.*

Lleno de tristeza por no poderse entregar a la dulce paz del hogar, en medio del amor de los hijos y abriendo el pecho a amigos verdaderos, se veía condenado a pasar los días como un esclavo en el palacio de gobierno, a donde viles soplones y aduladores le llevaban las habillitas de la calle y donde se veía hundido en las ondas de la vida política, zarandeado por los políticos, escarnecido y perseguido por enemigos inferiores a él y traicionado por los que se le acercaban so capa de admiración y amistad.

Para salir airoso en su empeño de salvar la República, llamaba, por que le acorriesen, a todos los poderes de lo Alto; buscaba en su mente

y en su corazón el acervo de luces y bondad que atesoraba, para luchar con la pasión e inteligencia de un hidalgo; y sólo le pedía a Dios que guardase su corazón de la ira y la venganza, pasiones mezquinas e impropias de un alma noble.

Era el año de 1895 en que la guerra civil iba a desatarse como un turbión de fuego sobre los campos de la patria, para no dejar sino ruinas y desolación. Cualquiera diría que pensó él blandir entonces con cólera la espada flamígera y que, invocando a las Erinnias vengadoras como lo hacían los héroes de la tragedia griega, determinó revolversse contra sus enemigos para exterminarlos. ¡Pero no! Fue entonces cuando, al pensar en la patria atormentada, escribió el poeta, acogándose siempre al consuelo de las musas del Helicón que le hablaban dulcemente al oído, aquellos grandiosos versos titulados *Publici hominis vota*, que tradujo en soneto perdurable y que dicen así:

*Quandoquidem aequum est sanctam defendere causam,
Integram servare fidem nomenque decorum,
Vincere nec pluris quam digne occumbere habetur,
Exsistit quoniam in caelis Deus optimus ille
Qui poenas tandem imponens et praemia reddens
Supremo iniustos emendat iure triumphos,
Nunc inimicum ignem, nunc tela herbasque nocentes
Incedens spernam, nec certa pericula terrent:
Ad pugnam iam laetus eo, durosque labores
Suscipio. Hoc unum metuo, cum gente nefanda
Dum luctor, caeci contagia lenta furoris
Me quoque ne inficiant, neve indignatio, iusto
Acrior, excedensque modum desaeviat ultra.
O Deus! exaudi: tu pectus motibus irae
Claude meum: extremum fac sub discrimen, inermis
Martyr amem potius quam vindex esse cruentus.*

Y el soneto castellano va a mostrarles a los que ignoran la lengua de Virgilio y de Horacio, cuán grande fue la nobleza y elevación moral del gran Caro:

Si no vencer, sino luchar me obliga
por la fe y el honor; si hay un Dios bueno
que enmendar sabe el éxito terreno
cuando, Supremo Juez, premia y castiga,

¡adelante! No temo la enemiga
saña, aleve puñal, sutil veneno:
con pecho firme y ánimo sereno
dispuesto estoy a la mortal fatiga.

Sólo el contagio de pasiones temo;
temo la justa indignación que inspira
del pérfido enemigo la asechanza.

¡Oh Dios, a los asaltos de la ira
cierra mi corazón, y en lance extremo
prefiera yo el martirio a la venganza!

Comentando estos versos que pusieron sobre la frente de Caro una corona inmarcesible de laurel, escribió Antonio Gómez Restrepo:

Llamamos la atención sobre este soneto, que es un gran documento político, por la fecha en que fue escrito y por el espíritu que lo informa. Los futuros biógrafos del señor Caro lo tendrán en cuenta al diseñar el carácter moral del vicepresidente de Colombia. Con visión de hombre de Estado comprendió, cuando los demás permanecían tranquilos, que algo tremendo se preparaba entre las sombras: que peligraban la paz de la República y su propia existencia; y ante tan pavorosa perspectiva, lejos de sentirse flaquear, se prepara para la prueba y, llegado el caso, para el sacrificio; y sólo pide a Dios que aleje de su pecho toda idea de castigo, pues prefiere el papel de víctima al de verdugo. ¡Rasgo verdaderamente sublime! La revolución estalló, amenazando en primer término al jefe de la nación, quien providencialmente escapó de verse asaltado de noche en su palacio, como lo fue el Libertador el 25 de septiembre.

En los hexámetros que llevan por título *Tumultus repressus*, describe el poeta la furia de la tempestad como en un piélago desencadenada, y luego la calma de los vientos y el puerto, libre de sombras, imperando sobre el oleaje.

Me preparaba ya, como lo había deseado desde largo tiempo, a dejar el solio aborrecido para irme a los tranquilos campos, y dormía plácido sueño en las primeras horas de la noche, cuando estalla súbitamente la guerra. Una turba, hórrida turba sale de las tinieblas, jurando airada allanar nuestro hogar. Requerimos al punto las armas y no faltó el celeste favor a nuestra causa. Así también en el piélago, amontonando las nubes, se embravece la negra tempestad y con gran rugido intentan las olas arrojar de la popa sacudida al piloto. Mas no lo quiso así Dios: surge salva la escuadra del abismo, reposan los vientos, se calma el mar, constreñido por el blando freno de la arena, y vuelve otra vez el puerto a dominar sobre las ondas.

*Hoc fuerat longe in votis, iamque ipse parabam
Inviso solio tacitos evadere ad agros,
Et placidum prima carpebam nocte soporem,
Cum subito adsurgit bellum. Turba, horrida turba
E tenebris fertur nostrasque evellere portas
Irati iurant. Nos quaerere protinus arma,
Caelestisque favor iustis non defuit armis.
Sic etiam pelago, collectis nubibus atra
Saevit tempestas, et magno murmure fluctus
Excutere incumbunt quassata puppe magistrum:
Non ita dis visum: servata e gurgite classis*

*Surgit, considunt venti, languescit ad oras
Pontus, blando iterum freno compressus arenae,
Atque iterum portus vastis dominabitur undis.*

Duros tiempos aquellos que había vivido el poeta, contrastado y perseguido por enemigos rabiosos que le acosaban como canes, sólo dignos de su desdén. La lucha cruenta con perros que le esperaban al salir de su casa, la relató muy bien en los versos titulados *Astur canis*, escritos en la población de Serrezuela, hoy Madrid, el año de 1894, en los cuales se pinta quizá bajo la alegoría del perro astur, asediado por otros que le salieron al paso para morderle.

Acuden, se pelea con denuedo por ambas partes y, aunque con algunos mordiscos, resulta vencedor el astur y sigue su camino. Llega al puente de un ancho río donde, en la orilla opuesta, le esperan mil gozques en pandilla que le instan con horrendos ladridos desde lejos. No les hace caso y con su silencio parece decirles:

Con bravos se bate el bravo
y a los cobardes desprecia.

*Concurrant tandem, multum pugnatur utrinque,
Et noster victor, sed laesus morsibus, exit,
Prosequiturque viam. Magnum tum devenit amnem,
Milleque ab opposita ripa, velut agmine facto,
Impune horrendis catuli latratibus instant
Eminus. Ille nihil, perque ipsa silentia tantum:
"Fortibus occurrit fortis, sed despicit istos".*

La persecución de sus enemigos era tan despiadada, que en los hexámetros titulados *Ad tenellam cervam domesticam*, escritos en 1895, se siente la emoción del poeta cautivo en el palacio presidencial y deseoso de volar a los campos en busca del sosiego del espíritu. La alegoría de la venadita no pudo inspirarle un motivo mejor para expresar las ansias de libertad.

Sacada de las selvas y arrebatada del seno de tu madre permaneces aquí, cautiva, y no te consuela el palacio. ¡Cómo vagas calcando con duros pies las alfombras y, la nariz abierta, buscas en vano la fragancia de las frondas! Ya es tiempo de que vuelvas a ver los bosques y las fuentes. Yo también estoy cautivo y enfermo, a mí también me halaga el amor de las florestas y también me arrebató el bosque umbrío que reproduce el cuadro que adorna este muro. ¡Oh, si pudiera huir contigo, y cubierto en sombrosa gruta me fuese dado evitar los ladridos de los hombres!

*Educta e silvis et matris ab ubere raptam
Hic captiva manes nec te solabitur aula.
Quam duris calcas pedibus peregrina tapetis
Et nave herbarum frustra perquiris odorem!*

*Te rursus lucos, te rursus visere fontes
Iam decet. Ipse etiam videor captivus et aeger,
Me quoque tentat amor silvarum, me quoque raptat
Haec, parietis honos, nemoris nigrantis imago.
O! mihi si tecum fugere atque ingentibus umbris
Tecto, latratus hominum vitare liceret!*

Mas en medio del tumulto y estrépito del combate, lleno de esa fe que era el escudo de su pecho, veía patente la protección de la Divinidad. Que fue lo que cantó en los asclepiadeos, mezclados con gliconios, de la poesía titulada *Orate pro me*, escritos también en ese año fatal de 1895, en los que recuerda las oraciones de mil almas inocentes que rogaban por él.

En duros tiempos, cuando todo era por todas partes peligros amenazantes y mientras todo en derredor parecía derrumbarse y quedar destruído, tuve, arcano, Jefe a un tiempo y Compañero, que me mostraba el camino; y no me faltó entonces, en tan varios peligros, ni la firme serenidad, ni la fe, escudo del corazón. De dónde me viniese tanto valor, se ve claro: por mí clamaban silenciosamente a Dios mil almas inocentes, y el triunfo se me otorgó por el sencillo poder de las preces. ¡Oh almas generosas! En la hora postrera, cuando venga el Juez y solo sea yo arrebatado, ayudadme, y por la fuerza renovada de las preces goce de la palma perpetua.

*Duris temporibus, plura periculis
Nobis multiplíci fronte minantibus,
Circum sub tenebris omnia dum labant
Et triste exitium parant,*

*Tunc arcanus, dux simul et comes,
Qui monstraret iter, nec mihi defuit
Per casus varios aequa serenitas
Nec, cordis clypeus, fides.*

*Virtus unde mihi tanta, satis patet:
Pro me mille, Deum candida pectora
Clamabant tacite, palmaque nobilis
Parta est simplice vi precum.*

*O mites animae! funere proximo,
Cum iudex veniet, solus et auferar,
Praestate auxilium, vique iterum precum
Palma perpetua fruar.*

Le había protegido Dios para salir triunfante de tantos peligros y sostener airosa, flameando a los vientos, la bandera nacional. Vencedor de la revolución, como ya dije, en la sangrienta batalla de Enciso, no pudo menos de escribir aquellos versos *Vox senis triumphali Choro*

permixta, en los cuales, arrebatado de entusiasmo, canta la victoria que había salvado a la Patria.

Arrebatadme — dice — para que pueda contemplar el gran triunfo, pues han menester los viejos el calor del sol y este sol recrea las almas. Iremos a una y yo también empezaré a gritar ¡Viva!, y a aplaudir, y a unir mi voz senil a las voces de los jóvenes que por todas partes lanzan a las estrellas el nombre del vencedor llevado en triunfo por la ciudad desbordante de entusiasmo popular. La tierra calcada por los pies tiembla y todo el espacio resuena. Moriré ya, el pecho tranquilo, viendo que todo esto muestra la ciudad unánime, los dioses que la protegen y que, al morir, puedo entregar una patria a mis hijos.

*Me rapite ut possim magnum spectare triumphum,
Namque opus est senibus solis gaudere calore,
Sol autem hic recreat mentes. Ergo ibimus una!
Ipse et Io! canere incipiam plaususque movere,
Vocibus et iuvenum quae passim ad sidera iactant
Nomen victoris, populo exundante per urbem
Eveci, vocem cupio miscere senilem;
Tellus pulsa tremat, spatiumque remurmurat omne!
Pectore iam moriar tranquillo, haec omnia, quando
Unanimum ostentant urbem divosque faventes,
Et patriam natis morienti tradere fas est.*

Vencedor en aquella dura jornada había dejado Caro consolidada la República y firme el imperio de las instituciones salvadoras de la constitución de 1886. Al separarse del mando el 12 de marzo de 1896, entregándolo al primer designado, Guillermo Quintero Calderón, pudo decir *Io, triumphe!* y retirarse tranquilo a sus penates familiares donde le esperaba el consolador cortejo de las Musas. Fue entonces cuando escribió los hexámetros *Allocutio ad cives*, tan llenos de majestad, de grandeza y de legítimo orgullo.

Subí al poder — dice — llevado por el voto popular, en tiempos agitados, cuando la República estaba llena de grandes peligros, para defender la verdad y la santa religión, acostumbrado desde niño a sufrir duros trabajos. Hice lo que pude; Dios más bien lo hizo todo. Siendo yo presidente, salió incólume la majestad de la patria. Vencido el enemigo, pero enfermo yo de grandes inquietudes, y ¡ay, me apena recordarlo!, lacerado por los amigos, permitid, ciudadanos, que me retire del campo ardiente de la lucha. Séame dado solamente regresar a mis viejos lares y pasar el resto de la vida en silencioso estudio. Creedme: no me tienta ninguna ambición de alabanzas, pues no deseo ya sino los goces de la celeste paz.

*Temporibus trepidis, magnis foeta urbe periclis,
Imperium accessi votis popularibus actus,
Pro vero et sancta pro religione tuenda*

*A puero assuetus duros perferre labores.
Feci quod potui, potius Deus omnia fecit;
Maiestas patriae evasit me praeside salva.
Hoste triumphato, sed curis grandibus aeger,
Al manibus, memorare pudet, laceratus amicis,
Ut campo excedam ardenti concedite, cives;
Ad veteres liceat tantum remeare penates
Et tacitis studiis reliquam consumere vitam.
Credite: pertentat laudum me nulla cupido,
Opto caelestis nil iam nisi gaudia pacis.*

“Siendo yo presidente, salió incólume la majestad de la patria...”.
¡Con cuánto derecho y con cuánta razón pudo decir esas graves palabras que podrían escribirse en letras de oro al pie de su retrato en la galería de los presidentes de Colombia! Subió al solio para engrandecer y exaltar la patria y para cumplir las normas constitucionales que había ayudado a implantar sobre el imperio de la anarquía, y bajó de él con el aplauso unánime de los ciudadanos y hombres patriotas, considerado como el más grande entre los grandes de Colombia, celebrado por el coro de las Piérides, y volvió a sus lares pobre y con las manos limpias como había salido de ellos, mas rico de bienes espirituales y con una corona de gloria inmarcesible.

Pudo cometer errores. Pero ¿quién será el mortal que esté exento de ellos? Sobrado grande fue Caro para que de él hubiese podido cantar Horacio:

Dignum laude virum Musa vetat mori.

Ya en la intimidad de su hogar, siguió el poeta y el pensador observando la lucha y los azares de la política. Continuaba nublado el tiempo y una enorme hecatombe se avizoraba en medio de la tempestad y el furor de las pasiones desatadas. Caro vigilaba en su retiro y no podía menos de lamentar el naufragio de la conciencia y del deber en aquella hora aciaga.

Esta es — exclamaba en *Vir terroris expers* — la hora de las tinieblas. ¿Dónde el testimonio de la buena conciencia, dónde el honor que se pierde? Callaron a un tiempo. ¡Ah! Cuántos claman sin quererlo: ¡Viva!... Adoran ídolos, dondequiera reina el miedo. Vuelve entonces los ojos la patria y todo lo mira, por si aún queda algún varón digno de ese nombre, y por fin descansa la mente en sólo aquel que, elevándose, permanece impávido en su retiro.

*Hora tenebrarum haec est. Quo mens conscia recti,
Quo se perdit honos? Conticuere simul.
Al quot, lo, clamant, invito corde, Triumphé!
Idola adorantur, regnat ubique pavor.
Patria tunc oculos convertit, et omnia lustrat,*

*Si quis vir, dignus nomine, restet adhuc,
Atque uno tandem mentem requiescit in illo
Qui, sese attollens, impavidus renuit.*

El país se inundó en sangre con la guerra civil que empezó en octubre de 1899 y terminó en 1902 con pérdidas irreparables para Colombia, como la separación de Panamá en 1903, y el triunfador de Enciso fue elegido presidente de la República, de cuyo cargo tomó posesión el 7 de agosto de 1904 ante el congreso que clausuró más tarde para iniciar un gobierno de grandes reformas materiales y de innegable progreso, pero personalísimo y dictatorial.

Iniciado en ese año el llamado *quinquenio* con proscripción absoluta del derecho, de la libertad y de las garantías establecidas por la constitución, reprobaba Caro aquel régimen de gobierno de su antiguo teniente y acudía a sus amigas las Musas para manifestar la indignación de su pecho, como lo expresan los versos titulados *Iuvenalis*, en los cuales recuerda a aquel viejo poeta de Roma a quien la indignación le había impelido a hacer versos, y como tal reclamase el tiempo vergonzoso por que atravesaba la república, exclama Caro: Infortunados, ¡ay!, que hemos empezado a corrompernos con las mismas costumbres, dignos como somos del látigo de Juvenal.

*Difficile est satiras non scribere, dixit
Iam Romae impatiens ille poeta senex,
Quem gravis impulerat facere indignatio versus:
Hoc signum certum tempora foeda ferunt.
Moribus heu! miseri corrumpi coepimus isdem,
Digni flagello qui Iuvenalis erant.*

Después del glorioso movimiento popular del 13 de marzo de 1909, se vio obligado a ausentarse de Bogotá el presidente titular el día 4 de junio de ese año, dejando encargado del mando al general Jorge Holguín, y salió del país al poco tiempo. En ese mismo mes escribía Caro: *Quis tantis viribus valens?*, en estos términos:

Era árbitro omnipotente, sin que hubiese esperanza de deshacerse de él; de repente le faltan fuerzas y es arrojado fuera. ¿Quién, con la clava de Hércules, detiene al monstruo y le atierra? Creed, no son los hombres, sino el mismo Dios quien le ha desterrado.

*Arbiter omnipotens fuerat, spes nulla: repente
Deficiunt vires eiiciturque foras.
Herculea clava quis monstrum frangit et arces?
Credite, non homines, eiicit ipse Deus.*

VII. VERSOS PUNITIVOS

Otras poesías latinas de Caro fueron escritas para reprobear la perfidia, o la mala conducta, o la deslealtad de algunos de aquellos hom-

bres que vivieron y desempeñaron papel importante en tiempos turbulentos de la República que precedieron a la guerra civil que empezó en 1899.

Tales son las tituladas *Tyrannus*, *In clericos quosdam*, *In amicum mutabilem*, *In promptu scriptum*, *ut illud vidi 'quod dicere non est'*, etc.

Me detendré solamente en la llamada *Tyrannus*, así por la intención política que encierra y por la clara alusión al dictador caído, como porque con ella mostró Caro la irrevocable adhesión de su espíritu a las normas de la libertad.

Aparece ante los ojos el tirano como un bronce hecho de una vasta mole: toca el cielo con la frente; pero él mismo, inestable, se apoya en pies de arcilla. Una piedrecilla caída del monte toca sus fundamentos y con estrépito cae entonces la mole colosal. Mudo queda el adulador, antes locuaz, y el siervo, libre ya, rompe el silencio. Nadie hay que no se admire de que aquella estúpida jactancia propia de una soberbia teatral, hubiese podido sujetar a la patria a tanto oprobio. Los cómplices de sus crímenes, mientras consigo traen a la memoria tristes hechos, se lamentan de no poder confiar a la noche eterna del olvido, en modo alguno, tan vergonzosa historia. El pueblo, sin quererlo, transmite en la sangre a sus hijos la vieja iniquidad y el inolvidable dolor. Pasó la ira de Dios, mas queda la vergonzosa cicatriz.

*Aeneas ante oculos stat vasta mole tyrannus,
 Fronte petit caelum pedibusque instabilis ipse
 Fictilibus nititur. Lapsus de monte lapillus
 Fundamenta levis pulsat, tum concidit ingens
 Cum sonitu moles. Mutus, qui garrulus ante,
 Torpet adulator, rumpitque silentia servus
 iam liber. Nullus, qui non miretur ut illa
 Amens et tumido iactantia digna theatro,
 Opprobrio patriam potuisset subdere tanto.
 Participes scelerum, dum secum tristia volvunt
 Facta, dolent sero nullas iam posse per artes
 Tam foedam aeternae historiam committere nocti.
 Invitus populus permixtas sanguine natis
 Immittet veteresque notas memoremque dolorem.
 Transiit ira Dei, perstatque pudenda cicatrix.*

Encerrado el poeta en su castillo roquero, sentía en veces la algarabía de los hombres violentos, o veía las olas enfurecidas del tumulto popular. Buscaba entonces la paz del espíritu elevando su mente a Dios, y entretenía sus ocios componiendo algún epigrama, o fábulas y enigmas como los llamados *Cives hominem quaerentes*, *Femina bis nupta* y otros, y escribiendo cantos diversos en los que, a los números latinos, unía toda la grandeza de sus pensamientos puestos en el mejor estar y engrandecimiento de Colombia.

VIII. LA PATRIA EN LOS VERSOS LATINOS DE CARO

En punto de amor a la patria es tal la grandeza de Caro, que si ha tenido pares como cantores de ella, no ha tenido y difícilmente tendrá quien le supere en lengua alguna. La expresión de ese glorioso sentimiento podrá admirarse como algo que llegó en Caro a una altura casi inapeable, cotejando y aquilatando estas dos composiciones, latina y castellana, tan musicales ambas y soberbias por su factura en las dos lenguas. Dice así la latina:

PATRIA

*Te toto, patria, ex animo veneramur amantes:
 Tu nostro fixum pectore numen ines.
 Per te, multa dies quae dulcia miscet amaris,
 Libavi, plusquam voce referre datur.
 Non ego te clypeum dextramque rogabo potentem;
 Nam satis umbra sinus hospitiumque mihi est.
 Hoc tantum liceat, lacrimas tibi fundere ad aras,
 Nudum posse domi vivere, posse mori.
 Non vis, non splendor, non gignunt munera amorem:
 Ex alia noster stipite floret amor.
 Longe alia hi nostri formantur origine nexus,
 Vincula quae poterit rumpere nulla manus.
 Ad matrem iniussi nullaque ambage venimus;
 Sentio me partem sanguinis esse tui.*

Y el espléndido soneto castellano que tradujo los esbeltos dísticos, es del tenor siguiente:

PATRIA

¡Patria! Te adoro en mi silencio mudo,
 Y temo profanar tu nombre santo.
 Por ti he gozado y padecido tanto
 Cuanto lengua mortal decir no pudo.

No te pido el amparo de tu escudo.
 Sino la dulce sombra de tu manto:
 Quiero en tu seno derramar mi llanto,
 Vivir, morir en ti, pobre y desnudo.

Ni poder, ni esplendor, ni lozanía,
 Son razones de amar. Otro es el lazo
 Que nadie nunca desatar podría.

Amo yo por instinto tu regazo;
 Madre eres tú de la familia mía:
 ¡Patria: de tus entrañas soy pedazo!

No creo que pueda escribirse en español nada mejor sobre el amor a la patria que este soneto precioso que ha de figurar para siempre, en todas las antologías, como una joya del Parnaso castellano. Aunque no siguió el poeta *ad pedem litterae* los dísticos latinos, lo esencial de ellos, y con una exquisita música y cadencia, está expresado en ese soneto perfecto, que termina traduciendo el pentámetro que dice: *Sentio me partem sanguinis esse tui*, de este modo: "¡Patria, de tus entrañas soy pedazo...".

Con ese soneto y con aquellos dísticos, subió Caro a la altura de los mayores poetas cantores de la patria. Que es el de la patria sentimiento augusto, corona de flores del corazón, nido tibio y regalado donde duermen las penas y se solazan los amores para volar, en alas de los aquilones, hasta la eternidad, cuyas playas, cubiertas de jacintos como las colinas del Atica que vio Píndaro, mantienen el trono en que se sientan los que aman a la patria.

IX. EL CANTO DEL CISNE

Y habiendo cantado a la patria, con lo que levantó un monumento más perenne que el bronce, y luchado por ella como cumple a los buenos, deseó el descanso que convenía a su edad avanzada y así lo expresó en los versos que llevan por título *Requietis desiderium*, que dicen:

Qué haya de hacer o quizá de omitir, está en duda; y qué me convenga, o qué me perjudique, es cosa oscura. Solamente una cosa deseo: poder descansar al fin; pero como quiera que sea, apetezco sin descanso esa quietud.

*Quid faciam in dubio est, quid forte omittere praestet,
Quid mihi conveniat, quid noceatve, latet.
Hoc unum exopto, tandem requiescere posse;
At requiem, utcumque est, irrequietus amo.*

Pensó entonces que la muerte aliviaría sus males y pesares, y así lo dijo en la poesía titulada *Mors benefica*, en que dijo: ¡Cuán bien llamas al lecho, oh sueño, a quien trabaja mucho, después del trabajo y del calor del día! Después del largo peso de la vida, ¡cuán bien viene a los mortales fatigados el descanso imperturbable!

*Multa laborantem post curam aestumque diei
Quemlibet in lectum quam bene, somne, vocas!
Post longum vitae pondus mortalibus aegris
Quam bene longa venit, non violanda, quies!*

Ya no quería su musa escribir alusiones políticas, o sarcásticas, como cuando cantaba *Quod divinari non potest*, o *Addenda litaniis*, o *Fuga*

tyranni, o iam cornu petit, dirigida quizá contra algún mozalbete presumido, rebuscado y preciosista, como tantos que andan por cancillerías, embajadas y salones, sin más títulos que los de su extraordinaria fachenda y osadía y petulancia; y así, pensó más bien en su canto final de despedida a los falsos halagos y caricias del mundo.

Había experimentado la ingratitud de los hombres, que pintó en la fábula titulada *Venator et pastores*, y había sentido en carne viva los dardos lanzados por los amigos queridos, como lo manifestó en *Puerilia tela, letalia vulnera*.

No le quedaba ya, pues, sino despedirse de los hombres, sin rencores, ciertamente, pero humedecidos los labios, no con las mieles hibleas del Himeto que había gustado en las obras de los clásicos, sino con el amargo sabor de las adelfas de la vida.

El canto en que Caro condensó todo el poema de una vida dedicada a su hogar, al amor de la patria y al cultivo de las letras, es el que lleva por título *Cygneus cantus sive poetae iam senis apologia de vita sua*. Verdadero canto del cisne, ¡con qué legítimo orgullo, con qué augusta dignidad, con cuánto cariño a sus hijos, va relatando los pasos de su peregrinar por el mundo y por la amplia avenida de la historia!

Largo sería ir siguiendo punto por punto todos los de ese excelente poema, y se haría pesado por extremo transcribirlo luego en su forma latina. Baste decir que, en la cumbre de sus sesenta años, vuelve el poeta a mirar atrás y recuerda que perdió muy niño a su padre; que fue entonces su refugio una madre solícita y su conductor un sabio abuelo, el doctor Miguel Tobar; que al crecer le sonrieron, como en otro tiempo a su padre, las Camenas; que nunca una vana ambición le hubiera podido separar de aquellas sagradas y sombrías fuentes; que luego, cuando requirió voceros la salud pública, tomó las armas para pelear con denuedo por la causa de la justicia como campeón de la fe y la religión, sin que sus manos se hubiesen mancillado con sangre; que peleó por la patria y el derecho como un guardián insomne, de día y de noche; que si la envidia no lograba abatirle antes, los monumentos de su labor no serían borrados por el tiempo; que enfermo se retiró de tan largo combate cuando le amagaba ya el arrabal de senectud; que si alcanzó honores, no lo hizo por la vana esperanza del lucro; que jamás sirvió, porque le tuvo entre ojos, al dios de las riquezas, y que en eso cifró todos sus blasones, transmitidos puros de sus abuelos; que de nada se quejaba, y antes bien se congratulaba de que, habiendo ejecutado una obra ingente, no hubiese obtenido recompensa, pues quien a muchos alimentó, fuerza era que aprendiese a perdonarles.

En ese canto declara que le fastidia recordar a los ingratos; que quisiera ignorar los fraudes y rapiñas que privaban en tan triste tiempo. Bastábale tener conciencia de haber obrado bien y pasar la vida en su retiro como una sombra silenciosa, pues aunque descendió, como otro tiempo Entelo, al campo polvoriento del combate en aquellas sesiones

del senado que terminaron ese año de 1903, para no parecer que faltaba a su viejo deber o que deseaba evitar las asechanzas de los malvados, no lo hizo sin gloria, y antes de ocultarse el sol lanzó los brillantes dardos de su aljaba.

Doliase solamente de que, dedicados como habían sido sus esfuerzos al bien común, no hubiera dejado a su esposa y a sus hijos sino el humilde techo familiar; y así dijo, en uno de sus versos, que cuando muriera no les dejaría a sus hijos, ¡necesitados, ay, de todo!, sino unos escritos caducos, y que desprovistos de todo auxilio les dejaría expuestos como tiernos lirios al turbión horrendo.

*Ergo cum moriar, vobis heul omnium egenis
Legabo, praeter scripta caduca, nihil.
Auxilio exutos omni, expositosque relinquam
Ut tenera horrendis lilia turbinibus.*

Y recordando el desinterés de sus hijos, termina diciendo: Vosotros me queréis retener con dulce abrazo, y me decís: "Vive por mucho tiempo para nosotros, que esto es suficiente. Tú eres nuestra gloria, seamos nosotros tu consuelo; que perezca todo y nos cobije tu amor". ¡Ah! ¡si pudiera yo llevaros intactos al huerto en que, coronado de flores, se yergue el honor inmortal! ¡Ay de mí! Cae la noche; los compañeros que me precedieron me llaman más y más con voces instantes.

*Me dulci amplexu, me vos retinere velitis;
"Vive diu, nobis", dicitis, "hoc satis est.
Gloria tu nostra es, tibi nos solatia simus.
Omnia depereant, aequus inumbret amor".
Al ego vos possem intactos traducere in hortum
Immortalis ubi floribus exstat honos!
Hei mihi nox urget; qui praecessere sodales
Me magis atque magis voce premente vocant.*

Pertenecen a tan hermoso canto versos como éstos, tan bellos y comprensivos de las diversas situaciones de nuestro poeta:

*Crescenti, ut patri quondam, risere Camenae,
Inque suos docilem dein rapuere sinus.
.....
Aetatem vincent nostri monumenta laboris,
Invidiam poterunt si superare prius.
.....
Mammonae nunquam servivimus, odimus illum,
Illius a servis semper abhorruimus.
Hoc in servando posita est ea tota pudore
Nobilitas, ab avis tradita pura mihi.
.....
Namque etsi nuper descendi, Entellus ut olim,*

*Pulvereum in campum non sine laude senex,
Antiquo officio ne deesse in fine viderer,
Neu sceleratorum velle vitare minas,
Id semel: et Phoebus, divisa nube, priusquam
Se totum occultet, fulgida tela iacit.*

X. METRIFICACION LATINA Y RECURSOS POETICOS

No tengo conocimiento de que en la América moderna haya habido un poeta que cantara en los metros del Lacio como nuestro Caro. Fue ése alarde de arte supremo que sólo cultivaron Landívar, Alegre, Abad, Maneiro y otros en el siglo XVIII, y que en el XIX y a principios del XX llevó a una altura admirable Giovanni Pascoli en Italia, con versos que son pasmo y admiración de los especialistas en humanidades clásicas.

Que en este último tiempo se hubiera cultivado tan gallardamente la lengua de Virgilio y de Horacio, es sólo prueba de la solidez de los estudios humanísticos de un hombre que se empujó señor sobre las más enhiestas cumbres del continente americano.

Escribió en varios metros. Agradábanle especialmente los hexámetros y los dísticos, compuestos de hexámetro y pentámetro, todos los cuales forman la mayoría de sus versos. Alguna vez ensayó los sáficos unidos a los adónicos, como en su himno *Ad Sanctam Theresam a Iesu*, y los asclepiadeos con gliconios, como en la oda *Orate pro me*.

Si no escribió en todos los metros de la poesía latina, sino en algunos solamente, se paseó por todos los campos de la latinidad, recordando en sus poesías a muchos escritores de los diversos períodos del idioma, y entre ellos a Lucrecio, Virgilio, Horacio, Ovidio, Catulo, Estacio, Silio Itálico, Lucano, Claudiano, etc. Locuciones pedidas prestadas a éstos y a otros son: *Tu medicina malis, multa fronde, silvam sonantem, opaca domus, subter radicibus hauris, positus radiis, carpitque obliviam rerum, ad maiora creatam, solatia praebet, carmina fundis, intentus oculis, omnia vincit amor, sub nocte silenti, nocte sub horrenda, in luminis oras, horrendum per iter, horrendo gurgite, nubila tranas, nocte sub atra, fato profugus, quantum mutatus ab illo, horrendum exitiabile monstrum, mersus civilibus undis, redire domum, potare obliviam vitae, hoc fuerat longe in votis, placidum carpebam nocte soporem, non ita dis visum, mens conscia recti, conticuere simul, gentes sortitus Eoas, rebus in angustis, o nimium dulces animae dum vita manebat, ad astra feror, propositique tenax, ex oculis gutta voluta meis, incredibilis fessum me cura, sanctae servo foedus amicitiae, nocte pluit tota, lunam si nubes condidit atra*, y otras infinitas que, o fueron insertadas literalmente en el cuerpo de las poesías donde se hallan, o un poco mudadas o, al menos, recordadas por nuestro eximio vate.

El cual inició su gloriosa carrera humanística empezando a escribir, cuando apenas tenía veintidós años, que es cosa que causa asombro, la

Sintaxis latina, a tiempo que Rufino José Cuervo escribía la *Analogía* de esa preciosa *Gramática latina* que aún hoy se consulta con provecho. Tan sesudo trabajo quedó terminado el año de 1867, en que se publicó esa Gramática.

¿Y qué más, si a los veinte años, cuando le acababa de apuntar el bozo, había traducido ya, en magistrales octavas reales de exquisito sabor castellano matizadas con felices arcaísmos, el Canto II de la *Eneida*, y alguna parte de las *Geórgicas* y entretenía sus ocios de colegial comenzando a escribir en un correcto latín el comentario a Virgilio?

Amigo de las Musas, que le iniciaron en los secretos todos de sus encantos, pudo decir también con el pastorcillo de las églogas virgilianas: *Et me fecere poetam Pierides; sunt et mihi carmina* (*Ecl.* IX, 32).

Pensaba en latín y así no es raro que estén tan bien escritos sus versos, que salían de su pluma con la facilidad con que le brotaban a Ovidio: *Quidquid tentaverat Musa versus erat*.

De ahí que pudiera decir en su *Musa latina* lo siguiente:

*Hispanos versus dum tento fingere, ludor:
E calamo tantum verba latina fluunt.
Gratia Dis! quoniam sic non intelligor ulli:
Siquis erit, saltem me placido ore leget.*

Mientras se divertía tratando de escribir versos castellanos, le fluían de la pluma versos latinos. Creía que así nadie le entendería y que si alguno había le leería al menos con agrado. Y así es la verdad: que sus estrofas latinas nos placen y nos llenan de admiración a uno de los primeros y más notables humanistas de América, que escribía muchas veces, a la luz de su lamparilla por las noches, para expresar el dolor que oprimía su pecho. No son mis versos, decía, solamente entretenimientos retóricos, que en ellos están también las lágrimas y gemidos del corazón.

*Rhetorici tantum non sunt mea carmina lusus:
Pectoris hic etiam sunt lacrimae, hic gemitus.*

Tales eran en veces sus insomnios poéticos. Mas en ellos y en toda su poesía y ejercicios latinos se ve la luz de un cerebro iluminado por el mismo Apolo.

El que desde su adolescencia ensayó los primeros pasos en las letras humanas; el que acompañó a Virgilio hasta las cimas más erguidas del Parnaso; el que ilustró los fastos de la nación colombiana y fue acaso el más grande de sus hijos y el que ascendió al solio presidencial y bajó de él dejando salva la majestad de la patria y legando a sus hijos y a las generaciones por venir el ejemplo de su gloria y sus virtudes, fue un escritor que hubiera podido vivir en el siglo de Augusto y ceñir sus hombros apolíneos con la toga de los patricios romanos.

Pobre nació y murió pobre, porque se contentó con los lauros de las divinas Camenas, que son al fin y a la postre los que hacen grandes a los hombres.

Como Ovidio pudo decir y vivió diciendo siempre: Cedan los reyes y sus triunfos a los versos; cedan también las apacibles riberas del aurífero Tajo. Admire el vulgo las cosas viles, y a mí me ministre el rubio Apolo las copas llenas de agua de Castalia.

*Cedant carminibus reges regumque triumphii;
Cedat et auriferi ripa benigna Taji.
Vilia miretur vulgus; mihi flavus Apollo
Pocula Castalia plena ministret aqua.*

(Ov., *Amorum* Lib. I, 33-36).

Por eso es su gloria inmortal.

Dignum laude virum Musa vetat mori.

JULIÁN MOTTA SALAS.